



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS. CALAN.



EPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII.

NÚMERO 25. — Madrid 5 de Septiembre de 1885.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *El mundo microscópico*, por D. Valentin Gómez. — *Ni perdidas ni olvidadas*, por D. J. Martínez Parra. — *Carlos William Siemens*. — *Un manuscrito inédito del P. Ribadencira* (conclusión). — *Patriotismo y abnegación* (continuación), por Esteban Marcel. — *Cognocimientos útiles*. — *Miscelánea*. — *Archipiélago carolino*.
GRABADOS. — *¡Señor, sálvame!* — *Salida para la guerra de un señor feudal*. — *Apuntes topográficos y pintorescos acerca de las islas Carolinas*. — *El archipiélago carolino*.

ARTE CRISTIANO.



¡SEÑOR, SÁLVAME! — Cuadro de Plockhorst.

LA DECENA

CÓMO pasa el tiempo! Esta exclamación es una vulgaridad, convenido; pero á mí me gustan las vulgaridades, porque he averiguado, al cabo de mis años, que ellas son casi las únicas verdades que poseemos.

Sí, es una gran verdad que el tiempo vuela en nuestros días como lo hacía en aquellos en que el poeta latino exclamaba: *Eheu fugaces, Posthume, Posthume...*!

Yo no puedo (con permiso de la mitología) figurarme el Tiempo encarnado en la personalidad de un vejete que se come á sus hijos como cualquier mortal antropófago; ni estoy conforme con representarme á Saturno descalzo de pie y pierna, encorvado bajo el peso de los años, con lengua barba tan blanca como las piedras que le hacía deglutir su amante esposa, provisto de inmensas alas y armado de una guadaña monumental, con la que va segando criaturas humanas á diestro y siniestro.

Ese podría ser el Tiempo de *in illo tempore*, no el Tiempo de nuestros tiempos, que andan ya tan escamados, que no aceptan á Saturno como no sea en *pomada* y viniendo del Olimpo de la Farmacopea.

El tiempo de hoy va de prisa, muy de prisa; pero ni corre ni vuela: se desliza suavemente sobre la superficie del mundo, que siempre le ofrece facilidades para este movimiento de traslación.

Unas veces patinando sobre la helada corteza del indiferentismo; otras resbalando sobre el fango de los vicios; otras llevado por la hirviente lava de las pasiones; otras declinando por la pendiente de oro bruñido de la riqueza; otras por el negro

pavimento de la miseria, ó sobre los esfluvios mefíticos de la peste; á veces sobre ríos de sangre y mares de lágrimas...

Así cruza el Tiempo de la moderna mitología; silencioso como las tumbas, impávido como quien cumple una misión providencial, inexorable como la justicia de Dios, sarcástico, cruel y desdoso con los que pretenden detenerle en su camino.

Esta digresión me ha salido un poco fúnebre; pero ¿acaso podemos hoy tender el vuelo de nuestro pensamiento hacia cualquier esfera, así en el mundo moral como en el físico, sin que el horror y el espanto le obliguen á plegar sus alas para caer como una masa inerte en el abismo del desaliento y de la tristeza?

La verdad es que cuando empecé este artículo diciendo «¿Cómo pasa el tiempo!» estaba muy distante de llevar la pluma por ese lúgubre laberinto de ideas ajenas á mi jovialidad característica y hasta á mi idiosincrasia literaria.

Recordaba que esta Revista estaba destinada á publicarse ya en el mes de Septiembre, y me parecía que fué ayer cuando escribí la que empezaba: «Estamos en el mes de Agosto.»

Y recordaba también la petición que me hizo una de mis amables lectoras; petición á que accedí con esta debilidad de carácter que me es ingénita, pero sin contar, como suele decirse, con la huésped.

Quería la para mí muy respetable dama á quien aludo que en cada Revista, correspondiente al día 5, contase la historia del mes respectivo, como lo hice en el de Agosto. Llega hoy el momento de pagar esta letra de galantería á treinta días fecha, y cuando acudo en busca de fondos á la caja de mi memoria, me encuentro, por todo caudal de erudición, con unas cuantas monedas de *perro chico*.

El que da lo que tiene no está obligado á más (esta partida la he tomado del fondo de *Vulgaridades*), y yo no puedo dar, respecto del mes de Septiembre, más noticias que las que sabe todo el mundo.

Que se llamó *September* entre los romanos, porque correspondía en un principio al séptimo mes de su año, habiendo pasado

á ser noveno, lugar que conserva entre nosotros; que fué llamado en lo antiguo *Tiberius*, *Germanicus*, *Antoninus*, *Herculeus*, *Tacitus*, en honor de los emperadores romanos que llevaron estos nombres ó apodos; que los egipcios le denominaban *Paophi* y los griegos *Boétromion*... Y no digo más del mes en que hemos entrado, por la sencilla razón de que no tengo más que decir.

En el mes de Septiembre han ocurrido en distintas épocas muchos y trascendentales acontecimientos, algunos de los cuales han dejado profunda huella en la historia de varios países; pero esto no tiene nada que ver con la biografía del mes como héroe de calendario. Sin embargo, será para nosotros el mes más simpático del año, si durante su mando barre de nuestro suelo la epidemia que nos azota, como parece lo ha ofrecido á las personas que le tratan con alguna confianza.

**

Al viajero del Ganges le ha salido un terrible competidor en la persona del canciller de Alemania. Durante la última decena, el interés del público se ha apartado en gran parte de la epidemia cólera para fijarse en esa otra epidemia invasora que se ha desarrollado en las orillas del Rin y amenaza llevar el contagio á las más apartadas zonas.

La *fiebre colonizadora*, que se ha apoderado del Imperio alemán, produce vértigos al enfermo, le hace ver visiones y le ocasiona delirios que se traducen en actos de espoliación como el que acaba de presenciar Europa entera con asombro, y España, en particular, con unánime indignación.

Alemania ha crecido y engordado fenomenalmente en poco tiempo.

El exceso de vida la sofoca.

La abundancia de sangre la ahoga.

La plenitud de su estómago la produce una sed hidrópica de conquistas que con nada se sacia.

Su comercio y su industria están congestionados y necesitan grandes evacuaciones por medio de la exportación.

Su formidable ejército consume, en una paz estéril para los ambiciosos pensamientos del canciller, los principales ingresos del Tesoro imperial, y es preciso dar ocupación á esa poderosa máquina de elaboración de territorios, aunque estas manufacturas hayan de amasarse con sangre.

Bajo la visera del casco prusiano centellean los ojos de esa codiciosa potencia, mientras escudriñan en el mapa-mundi los más insignificantes pedruscos, las más escondidas bahías, los más pequeños charcos de agua, donde pueda clavarse una bandera, anclar un bote ó desembarcar un fardo.

Y aquella mirada, no ya de águila como la que campea en su escudo, sino de milano que acecha á las incautas palomas, hubo de detenerse con fruición ante el grupo accidentado y pintoresco de nuestras islas Carolinas. — «Este archipiélago me gusta — dijo; — es lástima que tenga dueño; pero tanto peor para el dueño, puesto que á mí me conviene.»

Y se nos metió en casa.

Los legítimos poseedores de aquel territorio han protestado enérgicamente contra tal acto de violencia; median contestaciones diplomáticas entre ambos Gobiernos, y, al parecer, la nación usurpadora pretende que la nación desposeída no ha ejercitado actos de dominio sobre aquel archipiélago y que todo quedará arreglado si acredita y exhibe sus títulos de pertenencia.

**

Traduzcamos al lenguaje vulgar esta *filosofía alemana* por medio de un ejemplo práctico:

Pedro tiene colgado en su cuarto un reloj que heredó de sus abuelos, quienes lo habían legítimamente adquirido. Diego (y donde digo Diego no digo Alemania) ve el reloj de Pedro y, en su afán de coleccionar relojes, se lo guarda en el bolsillo sin ceremonia.

Pedro, que no entiende de indirectas, exclama:

— ¡Eh! *Mein herr* Diego, ese reloj es mío.

Diego, con bonachona sonrisa, contesta:

— Yo no sabía...

— Lo sé yo, lo sabe mi familia, lo saben mis vecinos, y basta.

— Pero, seor Pedro, si usted nunca ha mirado la hora en ese reloj...

— Porque no me ha hecho falta.

— Ni le ha dado usted cuerda jamás.

— Eso no es cuenta de nadie.

— Bien, bien; ya nos arreglaremos.

— No hay más arreglo que dejar el reloj donde estaba.

— ¡Nombraremos árbitros!

— ¿Para qué?

— Para que decidan quién ha de quedarse con la alhaja.

— ¡Pero si la alhaja es mía y muy mía!

— Acredítelo usted, y se la devolveré hidalgamente.

A esto viene á reducirse el conflicto pendiente entre España y Alemania.

Esperemos la solución, fiados en la justicia de nuestra causa y en la prudencia y energía del Gobierno para hacer valer nuestros derechos.

**

Han cesado, ó por lo menos se han mitigado mucho, los excesivos calores con que nos ha obsequiado el mes de Agosto, cumpliendo lo que él juzga su misión tradicional. Las nubes tuvieron noticia de que el mencionado mes se había extralimitado algún tanto en sus funciones ustorias, se compadecieron de nosotros y nos enviaron (á calidad de reintegro, previa evaporación) alguna cantidad de agua fresca, á cuenta de mayor suma que girará á nuestra orden en pleno otoño.

Este anticipo ha sido muy bien recibido por la opinión y la sequía públicas, á pesar de la resistencia que algunos pesimistas oponían á la libre entrada de la lluvia, por el temor de que el cambio de temporal trajese consigo alguna recrudescencia en la marcha de la epidemia reinante.

No ha sucedido así afortunadamente, al menos hasta la fecha en que esto escribo, lo cual es una prueba más de que los cálculos, observaciones, teorías y estadísticas relacionadas con la misteriosa enfermedad carecen de sólido fundamento, y sólo sirven para demostrarnos que no sabemos una palabra y que procedemos empíricamente en la lucha sostenida contra el cólera asiático.

Verdad es que nuestra presunción y soberbia corren parejas con nuestra ignorancia, y siempre hallamos razones *a posteriori* para explicarlo todo.

Si la epidemia se ceba en una localidad durante el calor... ya sabíamos nosotros que los excesivos calores favorecen su desarrollo.

Si coincide alguna tempestad con el crecimiento del mal... ya era sabido que las tempestades favorecen el cólera.

Si después de una tormenta disminuyen ó cesan las invasiones... eso era lógico, como que las tempestades purifican la atmósfera.

Si el tiempo frío y húmedo desarrolla la epidemia... es porque en esas condiciones atmosféricas está más predispuesto el organismo á ser atacado.

Si el calor canicular detiene el curso de la enfermedad... claro está, como que el calor seco es enemigo mortal del microbio. Y así sucesivamente.

Bien dice un adagio vulgar, que «quien no se consuela es porque no quiere.»

**

Con la próxima desaparición de los calores y con la esperanza, en cercana perspectiva, de la desaparición del cólera, empieza á hablarse de la aparición de otra que no quiero llamar epidemia, por si parece dura la expresión, pero que llamaré neurosis (algo así como el *baile de San Vito*), de que estamos amenazados en el organismo teatral.

Bien quisiera equivocarme, pero mucho me temo que los gérmenes de la enfermedad cómico-lírico-dramática, que tantos estragos hizo en la salud literaria del público durante la invasión de la última temporada, adquieran desarrollo en la próxima campaña, que ya empieza á anunciarse con bombo y platillos.

Si las empresas no consultan otro barómetro que el de sus ingresos, como lo han hecho, con honrosas excepciones, en las anteriores temporadas, en vez de empresas teatrales deberán llamarse empresas funerarias del buen gusto.

Si los autores, en muchos de los cuales hay que reconocer ingenio, gracejo y espontaneidad, lejos de encauzar estas facultades en beneficio del arte, las dejan desbordarse por el terreno de la procacidad, del histriónismo, de las alusiones políticas, de la garrulidad grosera y de los chistes de cuerpo de guardia; mendigando el aplauso del vulgo y desdénando el de las personas cultas; halagando los instintos de la gente soez y azotando con el látigo de la desvergüenza el rostro de los padres de familia... no merecerán el nombre de autores dramáticos, sino de autores de atentado contra las buenas costumbres, de reos de lesa literatura y de cómplices de la perversión moral del público.

Y si el público, por su parte, no pone el veto de su reprobación á esas producciones bastardas; si no se impone á las empresas y á los autores por el único medio que tiene en su mano, que es el de la *abstención*; si autoriza con su apatía y tolerancia esas monstruosidades, entonces habrá dado la razón á los autores y á las empresas cuando se disculpan de sus

extravíos artísticos diciendo que si exhiben géneros averiados es porque son los únicos que se acomodan al gusto del público.

La experiencia está acreditando que contra los focos infecciosos no hay mejor sistema que el aislamiento y la desinfección.

Aislemos y desinfectemos.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



El asunto de las Carolinas embarga la atención de la prensa europea; apenas se habla de otra cosa. En general todos los periódicos, menos los alemanes, defienden los derechos de España y aun en la prensa alemana (sea dicho en honor de la verdad) hay periódicos importantes que censuran la conducta del canciller Bismarck atentando contra los dominios extranjeros y enajenando así á Alemania las simpatías del resto de Europa.

Claro está que la prensa francesa se distingue en esta ocasión por sus ataques á Alemania y sus defensas de los derechos de España; pero sin dejar de agradecer este acto de justicia, no hay que hacerse ilusiones respecto de esta simpatía, pues Francia obra más por odio á Prusia que por amor á España, y al reclamar contra la usurpación de las Carolinas, no aparta los ojos de su Alsacia y su Lorena.

Las negociaciones, según dicen, van por buen camino.

Quiera Dios que se llegue pronto al resultado apetecido, sin necesidad de que España tenga que apelar á los extremos de la guerra.

Vamos á referir, tomándolo de una carta de Rusia, la entrevista de los emperadores de Rusia y Austria, que acaba de verificarse en Kremsier.

El tren imperial llegó el 21 de Agosto último á las once y media de la mañana.

La emperatriz de Austria y el archiduque Carlos Luis, vistiendo uniforme ruso y ostentando el cordón de la Orden de San Andrés, esperaban en el andén de la estación. La música del piquete, que en la estación tributó los honores á las regias comitivas, tocó el himno nacional ruso.

Las dos emperatrices se abrazaron cordialmente dos veces, mientras que el czar, vistiendo uniforme de coronel austriaco, salía del vagón con el emperador Francisco José y revistaba la guardia de honor.

Los demás personajes de ambas comitivas se saludaron también afectuosamente.

Después que el czar revistó la guardia, se dirigió hacia la emperatriz de Austria, á la que saludó militarmente y besó la mano.

El emperador de Austria presentó luego al czar las autoridades del distrito y de la provincia. La presentación duró unos quince minutos.

La entrada en el castillo se verificó en coches tirados por cuatro caballos á la gran Daumont. En el primero iban los dos emperadores y en el segundo las emperatrices; luego seguían la gran duquesa María Paulowna con el heredero del trono de Rusia; el gran duque Vladimiro, vistiendo uniforme austriaco; el archiduque Rodolfo; el archiduque Carlos Luis y el gran duque Jorge.

Las tropas estaban formadas en toda la carrera. Al coche en que iban los emperadores precedía otro llevando al gobernador y al burgomaestre de Kremsier.

A su llegada al castillo, los emperadores fueron recibidos al pie de la gran escalera por el príncipe Hohenlohe Hunday, quien les condujo al gran salón llamado de los Cuadros, donde se verificó la presentación de los personajes de ambas cortes. Inmediatamente se sirvió el almuerzo en las respectivas habitaciones.

El emperador Francisco José ha nombrado al gran duque heredero de Rusia coronel de un regimiento de hulanos.

Durante la comida, que se verificó á las seis de la tarde, la banda del regimiento Alejandro tocó escogidas piezas de música en el jardín del castillo.

La comida fué servida en vajilla de oro.

A la mesa imperial se sentaron 68 personas. Las dos emperatrices ocuparon el sitio de preferencia. La zarina se hallaba á la derecha, y á la suya el emperador de Austria, la gran duquesa María Paulowna, el archiduque Carlos Luis y el gran duque Jorge. A la izquierda de la emperatriz de Austria se hallaban el czar, el archiduque Rodolfo, el gran duque heredero y el gran duque Vladimiro.

No se ha pronunciado brindis ninguno. De ocho

á nueve y media, los soberanos han asistido á la representación teatral. Después se sirvió el té.

Con motivo de esta entrevista, los periódicos italianos, con mal disimulado encono, recuerdan que el emperador de Austria, que así cumple sus deberes de cortesía, no quiera pagar al rey Humberto la visita que le debe.

La *Germania* hace notar que las entrevistas de los dos emperadores atestiguan los lazos de amistad que unen á los dos Imperios, y luego añade:

«Italia, durante los seis últimos meses no ha dado pruebas de ser una aliada en quien pueda tenerse confianza, y de aquí resulta que no haya razón para que el emperador Francisco José haga cumplimientos á los italianos.»

El diario católico añade también, que en el estado actual de Italia el emperador de Austria no puede visitar al rey Humberto allí donde reside el Papa y donde el Padre Santo tiene la preferencia.

El estado de la Hacienda francesa va de mal en peor.

El déficit en el nuevo presupuesto llegará á 600.000.000 de francos.

Para salir de estos apuros no hay más recurso que los empréstitos, y con este medio la Deuda pública adquiere proporciones espantosas. Baste decir que sus intereses ascienden ya á 1.352.000.000 absorbiendo el 45 por 100 de los recursos del presupuesto.

He aquí en resumen la marcha progresiva de esta deuda que amenaza con tragarse á Francia.

La restauración la aumentó en 216.000.000 á consecuencia de las criminales locuras de la revolución; pero disminuyó los impuestos y proveyó á todos los gastos con un presupuesto relativamente pequeño; la monarquía de Julio no aumentó la deuda más que en 52.000.000 y el Imperio en 136.

La Asamblea nacional la engrosó con 635.000.000 destinados á pagar á los alemanes y reconstituir el ejército; pero decretó una amortización anual de 200.000.000. La deuda exigía en 1876, 1.171 millones de intereses, pero el progresivo crecimiento de los ingresos permitían reducirla, pues el impuesto de 700.000.000 votado por la Asamblea rindió 1.150 millones. Llegados al poder los republicanos, disminuyeron éstos en 250.000.000; sin embargo, todavía les quedaban 1.150, que no les bastaron y aumentaron en 181.000.000 la deuda perpetua y 784 la flotante, que constituye un mal permanente, pues la mayor parte de esta última es exigible á muy breve plazo.

¿Dónde irán á parar los Estados modernos con este aumento progresivo de su deuda?

El término de la ciencia económica por que se rigen estos Estados es el caos.

Llegará día en que el papel, cubierto de cifras enormes, será ilegible, y entonces no faltará un hacendista audaz que, arrebatado de despecho, vuelque sobre aquel mar de guarismos el tintero de la bancarrota.

Las elecciones que se preparan en Inglaterra prometen ser reñidas y de trascendencia. Hace pocos días que los miembros irlandeses de la Cámara de los Comunes han dado un banquete en honor de Parnell. A los brindis pronunció este célebre agitador un discurso que ha causado honda impresión en Inglaterra.

Ha declarado que la batalla que van á librar en el nuevo Parlamento será la suprema reivindicación del partido irlandés, no debiendo pensarse más que en la independencia nacional como ideal. El orador se mostró convencido de que esperaba el triunfo.

M. Parnell discutió después largamente las atribuciones y los deberes del Parlamento irlandés, tan pronto como se haya creado.

Este Parlamento suprimirá la opresión de los *landlords*, constituirá al colono en propietario de la tierra en condiciones equitativas, siendo salvaguardia de los intereses de todas las clases de la población.

Terminó haciendo un caluroso llamamiento á los nuevos electores y exhortándoles á que elijan diputados que sostengan la política nacional.

Los norte-americanos se proponen llevar á cabo una empresa gigantesca, la mayor tal vez que puede imaginarse. Tratan nada menos que de alumbrar eléctricamente, como las calles de una ciudad, el camino que por el Atlántico siguen los vapores que van desde Inglaterra á los Estados-Unidos.

Si el pensamiento llega á vías de hecho, se colocarán diez focos flotantes de una gran intensidad, en línea recta y á la distancia de 200 millas uno de otro. Estarán unidos entre sí y con las costas de

ambos continentes por cables eléctricos, formando estaciones telegráficas en las que los buques podrán dirigir y recibir comunicaciones.

La idea es gigantesca, pero no imposible. Si nosotros no la vemos realizada la verán nuestros hijos.

La fiebre colonizadora va á causar, como dice nuestro colaborador *Blas*, más estragos que el cólera.

He aquí dos telegramas de la *Agencia Fabra* que traen la misma fecha:

«*Paris* 26. Se ha recibido la noticia de que una fragata italiana ha tomado posesión de un territorio perteneciente á la Sultanía de Zanzíbar, y que el Sultán ha protestado contra la violación de sus derechos.»

«*Paris* 26. Se asegura que el almirante alemán ha reclamado al Sultán el río Tuba.»

Italianos, alemanes, no digamos nada de ingleses, se han dedicado á cazar colonias con una actividad digna de mejores empresas.

¡Quiera Dios que estas cacerías no acaben á cañonazos!

x.

CARTA DE ROMA

Roma 30 de Agosto de 1885.



quisiera imitar á los corresponsales de periódicos políticos, que durante el verano acostumbran quejarse de la falta de noticias, que aumenta necesariamente la dificultad de su tarea; pero como la vida que más llena mis añiciones es la que en realidad favorece el carácter religioso y artístico de Roma, no dejo yo tampoco de lamentar los 38 grados de calor que parecen haber llevado la soledad á la calle Margutta, en donde se encuentra establecido un sinnúmero de estudios de pintura y escultura, harto concurridos y animados durante el invierno. Esta suspensión, por decirlo así, de la vida artística de Roma, me ha decidido á hacer una pequeña excursión á la finca que la familia Lugari tiene en la vía Appia, en donde se hicieron, no hace mucho, excavaciones cuyos resultados no carecen de interés para los cultivadores de memorias antiguas. Saliendo por la puerta de San Sebastián, poco más allá de la célebre de Capena, llegase á la indicada finca por un camino de cuatro kilómetros. Se equivocaría quizá el curioso visitante si allí fuese en busca de objetos preciosos recién descubiertos, pero no han de faltar los monumentos en que fundar estudios topográficos de la antigua ciudad de Roma y sus alrededores.

Efectivamente, á mí me llamó la atención la cripta que allí me enseñaron diciéndome ser la *cuadrada* que ha servido para el sepulcro del Pontífice y mártir San Urbano. Los que han visitado las catacumbas y santuarios de Roma, no ignoran que el sepulcro de San Urbano se indica comunmente en el cementerio de Pretextato; ofrece luego alguna dificultad la contraria afirmación del director de las mencionadas excavaciones, no pareciendo solución suficiente la opinión de *los dos Urbanos*. Pero muy oportuna y afortunadamente se conservan *las actas de San Urbano*; nada, pues, más natural que confrontar las localidades que describen dichas actas con las que se han sacado á luz otra vez; se hizo, en efecto, tal cotejo, y no puede menos de sorprender la identidad de los datos é indicaciones de las mencionadas actas con lo que se ha descubierto en la finca de la familia Lugari; una tradición muy arraigada indicaba que el sepulcro de San Urbano sufrió varios desperfectos en su parte lateral, durante aun la persecución, y siendo restaurado en mejores días para la Iglesia; pues bien, tal obra de restauración se echa de ver muy claramente en la cripta recién descubierta, y no vacilan los peritos en atribuirle á la época de Constantino.

Además, es de todos conocido, y frecuentemente citado por los arqueólogos, el código Bernense del martirologio de San Jerónimo, en que se hace mención de un cementerio cristiano «distante unas cuatro millas de la antigua puerta Capena,» pero he aquí que cerca de la indicada cripta se descubren cada día nuevas é indudables señales de sepulcros cristianos. No cabe, pues, dudar de que dicha cripta sea aquella en que se conservaron, á lo menos temporalmente, las venerandas cenizas de San Urbano, y, además de que es muy probable fuese tal sitio uno de los indicados para la *estación*, tiene fácil explicación el título que ahora lleva el antiguo templo de Diana, que está en las inmediaciones; la sangre de Urbano purificó el sitio en donde recibía

culto la diosa mitológica, ¡el mártir de Cristo borró el título profano!

Otro importante descubrimiento se ha realizado en la finca Lugari, sacándose á luz un buen trozo de antigua carretera. Despiértase naturalmente el deseo de averiguar qué nombre tenía esta *vía* entre las muchas é históricas vías romanas; no me atrevo á darla por solución definitiva; pero pareceme opinión muy fundada la de quien ve en ella la antigua vía Lanuviana.

Para emitir tal dictámen, los que se ocupan en estudios topográficos sientan como principio históricamente cierto el que en la Edad Media se acostumbraba levantar torres á lo largo de las antiguas vías romanas; admitido tal criterio, claro es que quien desde Roma quiere ir á Lanuvio, siguiendo la dirección de las muchas torres de la Edad media que se hallan en esta parte de la Campagna romana, tiene que tropezar necesariamente con la carretera que acabo de indicar recién descubierta, y de aquí la conclusión que ésta forma parte de la antigua Lanuviana; no se me oculta que el argumento estriba todo en el valor del principio anteriormente sentado, pero en su defensa aléganse hechos y testimonios incontrovertibles.

Bien podía añadir la descripción de otros monumentos, entre ellos de una pequeña *edicola* y de un muro arcaico que apareció debajo de un edificio que se atribuye á la época de Augusto; pero ya temo que los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA hayan caído en que no sin motivo he empezado la carta quejándome de la falta de noticias, y dejen caer de sus manos la Revista diciendo: «¡Correspondencia de verano! ¡Aun de aquí se desprende el calor que hace en Roma!»

J. M.

LOS GRABADOS

¡SEÑOR, SÁLVAME!

Cuadro de Plockhorst.

Este precioso cuadro, testimonio de la reacción que se está obrando en Europa á favor del arte cristiano, es de singular interés en las presentes circunstancias, en que diezma nuestras poblaciones la peste del cólera morbo.

El asunto está fielmente tomado del Evangelio de San Mateo (XIV, 22-33). Después del relato de la multiplicación de los panes y los peces, dice el santo evangelista:

«Y luego hizo Jesús á los discípulos que entrasen en la barca y pasasen antes que él al otro lado del lago, mientras él despedía las gentes. Y despedida la gente, subió solo á un monte á orar; y venida la tarde estaba solo allí. Y la barca era agitada de las olas en medio del mar, porque era contrario el viento. Y á la cuarta vigilia de la noche vino hacia ellos andando sobre el mar. Y viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: «Algún fantasma es,» y gritaron llenos de miedo. Y luego les habló Jesús diciendo: «Tened confianza, yo soy, no temáis.» Y respondiendo Pedro, dijo: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.» Y él le dijo: «Ven.» Y bajando Pedro de la barca andaba sobre el agua para ir á Jesús. Pero sintiendo un viento fuerte temió, y habiendo empezado á hundirse, clamó diciendo: «Señor, sálvame.» Y al instante extendiendo Jesús la mano, le cogió y le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?» Y habiendo subido á la barca, cesó el viento. Y los que estaban en la barca vinieron y le adoraron diciendo: «Verdaderamente eres el hijo de Dios.»

El cuadro de Plockhorst está admirablemente ejecutado y traduce fielmente, como el genio sabe hacerlo, la sublime grandeza del hecho evangélico.

En medio del oleaje de tantas calamidades como nos afligen, repitamos con la fe de San Pedro: ¡Señor, sálvanos!

CUADRO DE LA EDAD MEDIA: SALIDA PARA LA GUERRA DE UN SEÑOR FEUDAL

Nos describe en su galano estilo Becquer esta solemnidad, que, como todas las de la Edad Media, no carecía de bellos y pintorescos cuadros. «Al toque de los clarines rechinaban las cadenas del puente del castillo feudal que caía con pausa sobre el foso y se levantaban los rastrillos, mientras se abrían de par en par y gimiendo sobre sus goznes las pesadas puertas del arco que conducía al patio de armas. La multitud corría á agolparse en los ribazos del camino, para ver más á su sabor las brillantes armaduras y los lujosos arreos del séquito del señor, célebre por su esplendidez y sus riquezas.

Rompían la marcha los farautes, que, deteniéndose de trecho en trecho, pregonaban en alta voz y á son de caja las cédulas del Rey llamando á sus feudatarios á la guerra de moros, y requiriendo á las villas y lugares libres para que diesen paso y ayuda á sus huestes.

A los farautes seguían los heraldos de corte, ufanos con sus casullas de seda, sus escudos bordados de oro y colores, y sus birretes guarnecidos de plumas vistosas.

Después venía el escudero mayor de la casa, armado de punta en blanco, caballero sobre un potro morcillo, llevando en sus manos el pendón de rico hombre con sus motes y sus calderas, y al estribo izquierdo el ejecutor de las justicias del señorío, vestido de negro y rojo.

Precedían al escudero mayor hasta una veintena de aquellos famosos trompeteros de la tierra llana, célebres en las crónicas de nuestros reyes por la increíble fuerza de sus pulmones.

Cuando dejaba de herir al viento el agudo clamor de la formidable trompetería, comenzaba á oírse un rumor sordo, compasado y uniforme. Eran los peones de la mesnada, armados de largas picas y provistos de sendas adargas de cuero.

Tras éstos no tardaban en aparecer los aparejadores de las máquinas con sus herramientas y sus torres de palo, las cuadrillas de escaladores y la gente menuda del servicio de las acémilas.

Luégo, envueltos en una nube de polvo que levantaba el casco de sus caballos, y lanzando chispas de luz de sus pechos de hierro, pasaban los hombres de armas del castillo formados en gruesos pelotones, que semejaban á lo lejos un bosque de lanzas.

Por último, precedido de los timbaleros, que montaban poderosas mulas, con gualdrapas y penachos, rodeada de sus pajes, que vestían ricos trajes de seda y oro y seguido de los escuderos de su casa, aparecía el señor, orgulloso de su corte, que era aclamado por la multitud de sus vasallos.

APUNTES SOBRE LAS ISLAS CAROLINAS.

Representa nuestro grabado, no sólo la vista de las costas de Yap, sino el tipo de sus habitantes, la forma y disposición de sus cabañas, la imagen de sus ídolos y varias muestras de armas de combate. Como en este punto no es posible inventar nada, creemos oportuno extractar aquí, para completar la explicación del grabado, la relación del Sr. Butrón, comandante del *Velasco*, que visitó las Carolinas por orden del Gobierno español á principios del presente año.

He aquí lo más interesante de esta relación, que está publicándose en la *Revista general de Marina*:

HABITACIONES.— Son de madera, de formas artísticas, las que, como todas las que se construyen en Filipinas, gravitan sobre un basamento de piedra menuda, más ó menos elevado, siempre lo bastante para evitar la humedad.

Los techos son de nipa, y las paredes de caña delgada ligada con un cordelillo de fibra de coco (no tienen bejuco), trabajo de muy bonito aspecto.

Las ligaduras que dan á las vigas y á sus empalmes son también de cuerda de coco y muy primorosas.

Las calles, que están muy limpias y bien cuidadas, son senderos ó calzadas de piedras colocadas con arte y no son rectas, sino que siguen las sinuosidades necesarias para ir de unas casas á otras.

Existen algunas plazuelas.

GÉNERO DE VIDA.— Las mujeres labran el campo, cuidan el gábé, crían á sus hijos y cocinan.

Los hombres son muy aficionados á la holganza y á la vida social; tienen sus reuniones en las plazas análogas á los antiguos mentideros, así como ciertas casas en donde tienen mujeres y en donde se reúnen á la hora de la siesta y por la noche.

Tienen sus fiestas, que celebran con bailes, en el que toman parte hombres y mujeres; pero no se ha podido averiguar las épocas ni las causas de dichos festejos; parece ser que se preparan para la guerra con grandes bailes que duran toda la noche.

La vida política es muy sencilla.

En cada pueblo hay un reyezuelo ó cacique que tiene derecho de vida ó muerte sobre sus súbditos y administra justicia, castigando con pena de muerte el asesinato y el robo.

Las ejecuciones, que son en una horca, las suele hacer un verdugo de afición que hay en la isla.

ORGANIZACIÓN DOMÉSTICA, SOCIAL Y POLÍTICA.— Existen en Yap tantos reyes Pílum como aldeas: esto es, unos ochenta, los cuales, aunque al parecer no se diferencian de sus vasallos, ejercen autoridad sobre ellos.

Existen dos castas: la libre y la esclava; parece ser que ésta proviene de prisioneros hechos en guerras con otras islas; los hijos de los esclavos lo son á su vez; su trabajo es para el dueño.

INDUSTRIA.— Construyen bien sus casas y sus canoas, cultivan sus campos, recolectan y secan el coco, construyen cuerdas y algunos tejidos para uso doméstico del bonote del coco y también cordeles para aparejos de pesca; de éstos se ha visto uno de cabello de mujer; fabrican cal para el buyo de las conchas y madreporas; hacen redes, velas para sus canoas, y sus hachuelas para los trabajos del campo.

COMERCIO.— El comercio exterior de Yap consiste en el coco seco (*coprah*), que obtienen los compradores á cambio de armas blancas y de fuego, telas, hierro y otros efectos.

Comercio interior puede decirse que no existe, pues casi todas las familias tienen sus sembrados y cocotales, de lo que se alimentan.

El centro de la isla está despoblado; no tienen caminos que atraviesen la isla ni tampoco conocen el ganado propio para el acarreo, ni clase alguna de carro ó carreta; todo el tráfico se hace por la vía marítima.

La moneda la constituyen unas piedras circulares con un taladro en el centro y que varían desde 20 centímetros de diámetro hasta un metro.

Con esta piedra, que es muy dura, en forma de piedra de molino, y que se importa de las islas Palaos, satisfacen al rey su tributo.

Los pesos que hoy usan son los ingleses.

Medidas; como tales pueden considerarse unos canastos hechos de yaguas, que son los que les sirven para vender el coco seco.

Las compras y ventas, que casi siempre son á plazo, se hacen por medio del pacto verbal.

LITERATURA Y BAILE.— Como no conocen la escritura, su literatura es verbal, parece que se reduce á dos clases:

una popular en el idioma del país, reducida á coplas amorosas, cantada siempre, y en algunos casos bailable, y otra elevada en idioma extranjero (dialeto de la isla Olep, cerca de las Marianas), compuesta de cantos guerreros y canciones fúnebres para acompañar danzas del mismo género.

Los oficiales del *Velasco* presenciaron un baile acompañado de canto, pues no conocen los instrumentos de música. Fué como sigue:

Se formaron en fila cinco hombres con el cinturón de guerra ceñido; el que llevaba la voz se sentó á un lado á la manera oriental; á una señal empezó á salmodiar una canción monótona que no carece de dulzura, haciendo pausas á intervalos como si marcara estrofas de igual duración; los otros seguían el compás, y como si a todos los impulsase el mismo resorte, ejecutaban movimientos simultáneos sin salir de su emplazamiento y con lentitud; estos movimientos eran giros á derecha é izquierda, genuflexiones y levantamiento de brazos, pasos de avance y retroceso, todo con mímica variadísima.

Uno de los pasos más característicos de este baile lo hacían adelantando una pierna al frente á la vez que iba bajando el cuerpo con lentitud con el brazo derecho extendido hasta tocar la tierra con el dorso de la mano, quedando en la posición de un chiquillo que coge un trompo que ha hecho bailar; volvían después á erguirse con gran ceremonia y compostura; así al inclinarse como al erguirse le seguían los movimientos necesarios de la mano con mirada reconcentrada y cara descompuesta, y por ese estilo son las diversas pantomimas de baile.

Los finales de las estrofas los ahogaban con gritos salvajes ó aullidos guturales y fuertes palmadas en los brazos, muslos ó pectorales.

EL MUNDO MICROSCÓPICO

I

DESPUÉS que el hombre, en medio de las grandes ruinas de su caída, se encontró en disposición de defenderse de todos los enemigos que la naturaleza le suscitaba á cada paso, pensó que debía ensanchar los dominios de su reino, sometiendo á su poder cuanto abarcaba con la vista en la tierra, en el agua y en el aire.

Poco tiempo después del diluvio, este mezquino sér humano que puede ser aplastado por un peñasco, arrastrado por una ola, devorado por una fiera y aniquilado por un rayo, concibió el extraño proyecto de desafiar la ira de Dios construyendo una torre colosal que pudiera servir de refugio para el caso de una nueva inundación.

Dios castigó sencillamente aquel insensato proyecto confundiendo el lenguaje de los trabajadores de suerte que no se entendieran entre sí.

Fué un acto de infinita misericordia, porque bien pudo el Criador del mundo hacer que faltaran los cimientos de la obra y cayese aquel monumento de la soberbia sobre los mismos que le estaban levantando.

Se contentó con una especie de burla, para demostrarles que por entonces solo merecían su desprecio. No merecían realmente otra cosa los insensatos hijos de los hijos de Noé.

Pero es de notar que Dios ha dejado siempre al hombre que se las haya mano á mano con todo lo grande; y si en algún caso, como en el de la torre de Babel, ha puesto límite á sus intentos, no fué por la mayor ó menor extensión del proyecto concebido, sino porque lo impulsaba el móvil satánico del orgullo y de la rebeldía.

¿Cuántas cosas ha hecho el hombre desde entonces acá en el orden de lo atrevido y de lo grandioso!

Montañas abruptas, bordeadas de abismos, separaban unos lugares de otros. El hombre necesitaba cruzarlas, y abrió caminos á través de las selvas, por encima de las rocas y á la orilla de los precipicios.

Ríos ó torrentes levantaban de pronto un nuevo obstáculo á su marcha: pues los peñascos de la montaña y la madera de los bosques servían para echar un puente de uno á otro lado, y por allí seguía su peregrinación el incesante viajero que iba á buscar á climas desconocidos mejores pastos para sus ganados, valles más fértiles ó minas más ricas.

Ya no era río ni torrente lo que cerraba el paso del emigrante: era el mar con sus profundidades insondables, sus terribles borrascas, sus traidores escollos y sus calmas hipócritas. ¿Qué importaba? Troncos de árboles desentrañados, flotando sobre el agua, podían servir de vehículo al osado navegante, y el mar con sus peligros y sus inmensidades, se vió al poco tiempo poblado de casas flotantes cuyos ligeros velos de lona, semejantes á alegres banderas de triunfo, hacían servir á los vientos de motores involuntarios, de forzosos remeros que conducían los bajeles adonde el piloto quería, como

dóciles caballos obedientes á la voz del domador.

De victoria en victoria y de asombro en asombro la humanidad ha ido marchando arrogantemente hacia la conquista de todo aquello que por su grandeza parece más imposible de vencer y de conquistar.

¿Qué ciudades tan hermosas no ha construído allanando montañas y cegando abismos! ¿Qué ríos no ha encauzado! ¿Qué lagos no ha abierto para fertilizar arenosas llanuras ó criar pescados exquisitos! ¿Con qué valentía ha ido á buscar al fondo de los mares las escondidas perlas y las preciosas ramas del coral! ¿Cómo ha penetrado en los hondos senos de la tierra á arrancarles sus riquísimos metales y sus brillantes piedras, que reflejan luégo todos los matices del iris en la frente de los reyes ó en la garganta de las hijas de los hombres!

Y todavía esto parece nada hoy que hemos llegado al colmo del atrevimiento. Se horadan los montes de parte á parte, y por aquel inmenso agujero cruza rápidamente ardiendo, humeando y rugiendo ese monstruo de la tierra que se llama locomotora.

Al mismo tiempo otro monstruo semejante atraviesa los océanos como una centella sin que le importe la dirección de los vientos, ni le hagan retroceder las tempestades.

Un hilo somete el rayo á la voluntad del hombre y le hace eco de su propia voz borrando distancias, continentes y hemisferios.

¿Enorme lengua de tierra impide la comunicación de dos mares? Se corta; y surge hoy el canal de Suez: mañana el de Panamá. Así la vuelta al mundo quedará pronto reducida á un simple viaje de recreo.

¿Los astros? No son ya signos de nuestra buena ó mala fortuna. Son jaulas de otros pájaros como nosotros, cuyos secretos nos hemos empeñado en averiguar. Ya estudiamos las montañas de la luna y los volcanes del sol; y para acercarnos más á aquellas regiones hemos inventado los globos... El día que podamos dirigirlos, habremos completado la obra de nuestra osadía. Seremos serpientes en la tierra con la locomotora; pescados en el mar con el vapor, y aves en el aire con los globos dirigibles.

¿Qué grandeza habrá en el mundo capaz de resistirnos? No hay que hablar de los animales, porque fuera de los que están á nuestro servicio y llamamos domésticos, los más feroces acaban también por someterse á nuestra voluntad.

El elefante con su enorme corpulencia, es objeto de las risas de los niños cuando lo ven bailar groseramente en la arena de un circo, comer en una mesa con su servilleta prendida y tocar un instrumento con sus brutales manazas, haciendo como que sigue atentamente las notas del pentagrama colocado en un atril.

Los leones, encerrados tras los hierros de una jaula, obedecen á pesar suyo á las voces de una débil mujer que los hace saltar como perros por encima de un bastón y los castiga valerosamente para intimidarlos como á humildes corderillos.

¿Dónde hay un enemigo del género humano que á la hora presente pueda vanagloriarse de no haber sido humillado y vencido por este sér racional que nace más inhábil que un pajarillo, que crece á fuerza de cuidados y en medio de constantes peligros, y acaba por proclamarse rey de la creación y señor de los elementos?

II

¿Dónde?

He aquí el formidable argumento que se ha reservado la Providencia para aniquilar nuestro orgullo y hundir en el polvo nuestra espantada frente.

Un mundo entero, cuyos límites no puede penetrar la imaginación humana, y cuya existencia es inadvertida á la percepción natural y ordinaria de nuestros sentidos, bulle, crece, se desarrolla é inunda todos los seres vivos que están al alcance de nuestros ojos, y se levanta como espíritu impalpable agitándose en las sombras, para decirnos que los monstruos de la tierra, del agua y del aire son insignificantes adversarios de la humanidad en comparación de los otros que no se ven, ni se tocan, ni se sienten sino por la incontrastable acción de su fuerza desoladora.

Esce es el mundo de lo microscópico.

El telescopio nos asombró presentándonos las apartadas esferas que recorren el espacio sin fin con una magnitud prodigiosa.

¿Pero qué vale eso ante el asombro que nos ha causado el microscopio enseñándonos legiones incalculables de seres vivos en una gota de agua, en un átomo, en una nonada que parecía desempeñar un papel despreciable en el orden de la creación?

La primera vez que el hombre observó ese pequeño mundo debió espantarse al considerar qué fuerza tan extraordinaria no desarrollaban aquellos seres que en pocos instantes nacían, crecían, luchaban fieramente entre sí, se reproducían y morían.

Detrás de estos seres puede haber otros mucho más pequeños todavía, diríase el observador aterrado; y es natural que á medida que se vaya perfeccionando el microscopio, vayan apareciendo nuevas legiones y nuevos mundos de cuya vida no se tiene hoy la más ligera sospecha. Pero ¿qué objeto tienen estos seres? ¿Los ha criado Dios únicamente para asombrarnos? ¿ó tal vez los ha criado también para nuestro castigo?

La observación ha ido avanzando en sus investigaciones, fijo sin cesar el lente en las innumerables familias microscópicas que pueblan el universo. Y de seguro la ciencia honrada seguía haciéndose siempre las mismas preguntas: ¿Esto es para asombrarnos, ó para castigarnos?

Ocurriósele á un ilustre sabio aplicar su lente á los virus de ciertas enfermedades, y al poco tiempo la ciencia averiguó con horror que todas las enfermedades infecciosas, y otras que no lo parecen, son producidas por razas especiales de aquellos seres invisibles, que en la gota de agua, en la de vinagre y en la de sangre habían causado anteriormente nuestra admiración.

Aquellos seres se reproducían por millones de millones en el organismo humano, y en pocas horas acababan con la vida del individuo atacado.

El tífus, la viruela, la tisis, el cólera, las enfermedades que más espantan son obra de esas pequeñas legiones de enemigos, de cuya existencia no ha dado noticia el microscopio.

Y figurémonos que detrás de esas legiones hay otras más pequeñas, y luego otras, y otras, y otras... La imaginación se pierde en esa inmensa serie de existencias desconocidas, y no tiene más remedio que postrarse delante del Criador de todos los mundos, de los grandes y de los pequeños, tan admirables los unos como los otros, y adorar en silencio la maravillosa Omnipotencia de Aquel á quien la soberbia humana quiso en un tiempo desafiar con una torre que llegase al cielo, y quiere hoy negarle el derecho de legislar sobre las criaturas.

¡Ah! sí: no cabe ya duda. Los seres microscópicos son nuestro castigo, nuestra humillación, nuestra derrota.

Vencemos á los monstruos de la tierra, dominamos el mar y vagamos por los aires... Nos obedece el rayo; sorprendemos el orden de los astros; separamos los continentes para que abran paso rápido á nuestro comercio, pero el mundo de lo microscópico invade nuestras entrañas y nos aniquila en un momento.

¡He ahí la invencible reserva que Dios ha guardado para sí!

— Dominad en lo grande — nos ha dicho; — pero yo me encargo de dominaros con lo pequeño. Os serviréis de los astros para conocer las horas y los tiempos; de los mares para cambiar los productos de vuestra industria; de los animales más fuertes para cultivar la tierra, cruzar los desiertos, alimentaros y ganar vuestra subsistencia. Yo me reservo los seres que pueden vivir en una gota de agua para castigaros y aniquilaros cuando me plazca.

¡Qué asombro y qué humillación!

III

No se comprende después de esto cómo hay hombres que, ensobrecidos por su saber, por su posición ó por su ignorancia (que no hay nada tan soberbio como la ignorancia), se atreven á mirar á Dios con cierto menosprecio, cuando no á poner en duda su existencia.

Los ateos no han sabido nunca contestar al anti-quisimo argumento del orden que rige el Universo como prueba de que existe un Criador, Ordenador y Legislador de donde procede todo cuanto es.

¿Qué contestarán á este otro argumento, basado en la existencia de los mundos microscópicos, que parecen llevarnos hasta las fronteras mismas de lo espiritual y de lo infinito?

La magnitud misma de los planetas explica en cierto modo que los idólatras y los ateos — individuos de una misma familia — supongan en la materia un poder que niegan al invisible Criador y Conservador del mundo.

Estas masas enormes que navegan, rodeadas de luz, por el pillago inmenso del vacío, y cuyos grandiosos fenómenos se manifiestan á veces con terrible aparato, subyugan la inteligencia extraviada de los salvajes y descreídos, y les obligan á doblar la frente en señal de adoración.

¿Pero qué dirán al encontrarse con el mundo de lo pequeño y ver que allí, donde casi no hay mate-

ria, existe una fuerza de reproducción y de destrucción tan grande que la ciencia no puede menos de confesarse vencida y confundida?

Y si además observan que no es lo más visible ni lo más pesado lo que más actividad y fuerza desarrolla; si reparan que unas gotas de vapor comprimidas sustituyen ventajosamente á la fuerza de centenares y miles de caballos, y que una chispa eléctrica supera en velocidad á todo lo imaginable, posible es que al fin y al cabo traspongan los límites de la materia y vayan á buscar en las regiones del espíritu la causa de las causas, el principio universal, el Sér por esencia... Dios.

Para los cristianos, el descubrimiento de esos mundos microscópicos, de su desarrollo y de su poder, es nueva confirmación de que Dios, por lo mismo que es infinito en su grandeza, se vale casi siempre de lo pequeño en sus más admirables relaciones con el hombre.

Hizonos á su imagen y semejanza: ¡qué grandeza! Pero nos hizo de un poco de barro: ¡qué pequeñez!

Nos redimió uniendo su propia divinidad á la carne humana que salió del barro, pero su Hijo nació en un pesebre y fué carpintero. ¡Tanta grandeza en la persona y en el fin y tanta pequeñez en los medios!

Curó enfermos, resucitó muertos, multiplicó los panes y los peces; pero cuando quiso que su doctrina fuese propagada y confesada por todas las partes del mundo, eligió á unos miserables pescadores para maestros y jueces de la humanidad. ¡Ellos juzgarán á las doce tribus sentados en doce tronos!

Propónese acabar con el mayor imperio que han conocido los hombres y fundar otro que dure hasta la consumación de los siglos. ¿Qué Alejandro ó qué Juan va á llevar á término feliz este colosal proyecto? Simón Pedro, el más rudo de aquellos pescadores, es el encargado de ello.

Muere en Roma como un criminal vulgar, como murió el mismo Hijo de Dios en Jerusalén, y sobre su sepulcro va surgiendo poco á poco la Iglesia santa, es decir, el nuevo imperio, tan durable como el mundo, que acaba con el antiguo imperio de la idolatría y del despotismo.

Se corrompen las costumbres; se devoran unos á otros los pueblos; la Iglesia llora lágrimas de sangre... ¿A quién encomienda Dios generalmente el remedio de estos males? A unos pobres hombres vestidos de sayal humilde y entregados al ayuno y la mortificación: llámense unas veces Benito, otras Francisco, otras Domingo, otras Ignacio ó Vicente... cuando no son mujeres sin instrucción como Brígida ó Teresa.

¡Siempre lo pequeño para realizar las cosas más grandes!

Parece que en el orden moral como en el material, Dios se complace en permanecer detrás de todo lo microscópico á fin de que el hombre vea mejor la única verdadera grandeza: la grandeza de Dios.

Si todavía hay ciegos que no la ven en la multitud de los astros, en la inmensidad de los mares ó en lo más hondo de los abismos, véanla á través del microscopio, en que tiene hoy la ciencia puestos sus ávidos ojos... Y si tampoco ahí la ven...

¡Dios mío, tened misericordia de ellos!

VALENTÍN GÓMEZ.

NI PERDIDAS NI OLVIDADAS

I

LAS MARIANAS.

I



PARA España es el extremo Oriente, campo donde ha cosechado inmarcesibles laureles, región donde ha puesto á prueba el valor y la prudencia de sus hijos, pedazo del mundo surgido del seno de los mares para imperecedera gloria suya. ¡Pero á qué costa...!

Ni una isla, ni un peñasco, ni una playa, nada que no recuerde la constancia de Magallanes, la sabiduría de Miguel López de Legaspi, el arrojo de Salcedo, la abnegación de Lavezares, todo lo que signifique virtud y respire grandeza; pero á todo sirviéndole de esplendoroso remate, de corona gloriosa, la fe, la inacabable fe de aquellos héroes de tosco sayal y tonsurada cabeza, que llevaron á los pueblos de la Oceanía la enseña del cristianismo junto al lábaro de la civilización, ya anticipándose á la conquista con sus predicaciones, ya continuándola con la poderosa ayuda de sus consejos en las grandes crisis, en los días de negra angustia de

nuestros primeros Adelantados, por fin, ya conservando para la patria con la palabra y la dulzura lo que para ella conquistaran soldados y marinos con la espada y con el fuego.

Porque en aquel poema de nuestra pasada grandeza que se llama «descubrimiento y conquista de las tierras de la Oceanía», en aquella gloriosa lucha de más de un siglo de la civilización contra la barbarie, ellos, los hombres de los claustros, los oscuros religiosos, representan el espíritu, el alma, el nervio, el fin último del ideal civilizador, así como marinos y soldados representan el cuerpo, el brazo, el medio de realización de aquella empresa de titanes, comenzada con Magallanes y Rui de Talero en 1519 y no terminada todavía. A éstos, á los hombres de hierro, puede deberles España lo que al arrojo se debe en las batallas; á los demás, á los olvidados hijos de las órdenes religiosas, el éxito. Aquellos fueron el huracán de la invasión, éstos el cielo sereno, el sol radiante que siguió á los sangrientos días de las peleas cuerpo á cuerpo, de los combates increíbles del extranjero contra el indígena, del soldado de las guerras de Flandes contra el salvaje de los bosques de Nueva Castilla, de las Bisayas, de Joló y Tavvi-Tavvi, de las Marianas, de las Carolinas.

Estos dos últimos florones de la monarquía española, sobre todo, han prestado al libro de la historia las dos páginas más gloriosas que en ella se han escrito, con ser tantas y de tan mágica grandeza las que se han registrado en la del extremo Oriente, donde cada español ha sido un héroe, donde cada paso ha sido una epopeya.

II

Podía dar de ello fe todo el que hubiera tenido curiosidad por saber qué hacía el buen pueblo de Madrid la mañana del 1.º de Abril de 1676, á la puerta del templo de San Isidro, yendo, viniendo, moviéndose en incesantes oleadas, estrujándose para poder penetrar en la amplia nave de la iglesia, con objeto — decían — de no perder letra del sermón que iba á predicar uno de los más famosos oradores de la Compañía de Jesús.

Desde la víspera se había despertado la curiosidad del vecindario, que, con gozar tan frecuentemente de las fiestas populares á que había sido tan dado el Gobierno del Señor Rey Don Felipe IV, hacía tiempo no asistía á otra de tanta solemnidad.

Las invenciones — que entonces se decía — de fuegos artificiales, habían sido de lo más notable; los pobres habían matado su hambre hasta con lujo, y las campanas, tanto de las iglesias como de los conventos de la Villa y Corte, habían hecho latir, entusiasmados con sus repetidas vibraciones, los cien mil corazones que encerraba en aquella época de desventuras la capital de la monarquía.

Y los comentarios se sucedían tan distintos y de rara variedad, como era el humor de los que tomaban parte en la general conversación, habiendo para todos los gustos.

Quién aseguraba que la Reina Doña Mariana se había decidido á llamar á su lado al bastardo Don Juan de Austria; quién que nuestra infantería, la brava infantería que sucumbió en Rocroy, había conseguido uno de aquellos ruidosos triunfos que le valían á España un reino; quién que la última expedición de los galeones de Méjico traían oro bastante para sacar de sus apuros al Erario, incapaz para el sostén de tanta guerra.

Pero de todas estas dudas salieron bien pronto, ganando el entusiasmo lo que perdía el deseo, luego que desde la cátedra sagrada le fué mostrado al pueblo un caballero de venerable continente que frente al púlpito había tomado asiento, y que envolvía su cuerpo con el airoso manto de Santiago, más por respeto á la fiesta cívico-religiosa del día, que por dar muestra de su noble origen.

En su honor y á sus expensas tenía lugar la solemnidad; mejor dicho, en honra de un mártir y costeadada por un padre tiernísimo, como lo era D. Jerónimo de San Vitores, caballero santiagoés y del Consejo de Castilla.

O mejor dicho todavía, en honra de la patria.

Como lo demostró el predicador con este ó parecido relato:

III

«Ha muerto uno de los más preclaros hijos de la Compañía de Jesús, de muerte gloriosa. Fray Luis de San Vitores ha sucumbido al golpe de la salvaje catana india en las islas del Océano Pacífico; pero tanto como es llorado hoy su sangriento fin, será mañana bendecido en su memoria.

» Porque de entre los borbotones de su sangre ha surgido para España el archipiélago que él ha

COSTUMBRES DE LA EDAD MEDIA.



SALIDA PARA LA GUERRA DE UN SEÑOR FEUDAL.

denominado de las Marianas, en obsequio á la augusta Señora que tan poderosa ayuda le prestara para su conquista. El P. San Vitores vivió vida honrada y su muerte ha sido la de un mártir: bendigámosle."

Y así todo el sermón, que vamos á repetir con más crudeza de forma, pero con la misma verdad en el fondo.

IV

El 5 de Abril de 1662 salió de Acapulco el patache *San Damían*, llevando á su bordo al P. San Vitores, que tan decisiva influencia habfa de ejercer después en los destinos de las islas que Vilalobos llamó de los Ladrones en 1543. La miseria de sus habitantes hizo tan profunda mella en el ánimo del joven religioso, que, llegado á Manila, dirigió todos sus esfuerzos á persuadir al gobernador general

de la necesidad de llevar la luz de la civilización á aquellos desventurados. Pero en vano; todas sus tentativas se estrellaron contra la orden que recibió de no volver á ocuparse del asunto.

Mas no era San Vitores de los que retroceden ante el primer obstáculo, y una respetuosa exposición del Arzobispo Sr. Poblete al Rey Don Felipe IV, apoyada en una enérgica demanda de ayuda al confesor de la Reina fray Everardo Nithard, arrancó del penúltimo Rey de la casa de Austria la Real Cédula, que en la nao *Concepción* llegó en Junio de 1666 á poder del muy ilustre gobernador general D. Sabiniano Manrique de Lara, quien dispuso la inmediata salida del galeón *San Diego* en demanda de las islas.

No estaba en aquella ocasión el comercio de las Filipinas tan rico de patriotismo que se prestara espontáneamente á lo que conceptuaba un verdadero sacrificio, y logró recabar que el buque hiciera an-

tes un viaje al Perú, y que de retorno con el situado — se llamaba así el dinero que de Méjico se enviaba anualmente á las Filipinas para pago de sus atenciones de ocupación — se dedicara á la conquista del suspirado archipiélago. Expedición malograda por el momento por haberse aconchado el barco dentro de la misma bahía de Manila.

En una nueva tentativa salió de Luzón el P. San Vitores acompañado de los PP. Medina y Tomás Cardeñoso, llegando á fines de 1667 á Acapulco, y algunas semanas después á la capital de Méjico, donde el virrey, marqués de Mancera, les dispensó á ruegos de su esposa — de rodillas, dicen algunos documentos de aquella época, que llegó á hablarle — la mejor acogida, recibiendo para la empresa 10.000 pesos del marqués, otros 10.000 de la Congregación de San Francisco Javier é infinitas limosnas del vecindario.



V
A partir de esta época, mejor dicho desde 1668, que reembarcó en Acapulco con una misión de jesuitas y un puñado de soldados españoles, con los cuales arribó felizmente á la isla de Zarpana, hasta 1672, fecha de su martirio, cada día es un poema, cada paso una página de gloria, cada episodio de su vida un monumento alzado por él á la gran obra de la soberanía española en los mares que entonces se denominaban del Sur.

No había sido tan infructuosa la expedición de 1639 que no hubiera dejado huella alguna de su paso, y un antiguo catecúmeno se encargó de interpretar fielmente los deseos del P. San Vitores, que en nombre de España tomó posesión del archipiélago, dedicándose á fundar pueblos, á levantar iglesias, á crear escuelas, á apoderarse, en una palabra, de la voluntad de los indígenas que más sometía con las armas del Evangelio que con las de la guerra, como demostró en Merizo, Pagat, Pigput, Saspan y, sobre todo, en Guaján, donde echó los cimientos de nuestra dominación y señorío, levantando, entre otras cosas, el Seminario que denominó de la Reina Mariana, gobernadora del reino á la sazón por minoría del desventurado Carlos II.

Pero se ha dado en Filipinas un fenómeno raro y digno de detenido estudio, que ha costado mucha sangre y mucho oro, y que todavía representa un obstáculo de primer orden para la conquista definitiva, para la asimilación.

En Luzón, en las Bisayas, hasta en las Calamianes, allí donde los misioneros no han tenido que luchar más que con las preocupaciones del indígena, la conquista ha revestido tal carácter de espontaneidad, que casi se despega el nombre de conquistadores con que nos exornamos. Pero en Borneo, en Tavvi-Tavvi, en Joló, en Mindanao, donde quiera que el mahometismo ha sido predicado antes de la llegada de los españoles, allí ha existido la necesidad de emplear todos los recursos del ingenio y de la fuerza para irse apoderando palmo á palmo del terreno hasta lograr la reducción.

No podían sustraerse ciertamente las islas Marianas á esta fatal influencia extraña, y bien pronto tuvo que luchar el P. San Vitores contra las suspicacias que despertó en el país el sangley Chi-choco, que habitaba en Paá desde que un huracán le arrojó sobre las costas del archipiélago á su paso en demanda de la isla de Ternate.

Ardió la guerra civil en Tinián, y aunque el navío *Buen Socorro* llevó algún refuerzo de misioneros y soldados, y el régulo Taga se declaró por los españoles, pudo más en el ánimo de los naturales la predicación de Choco, unida á su amistad con Matapang — valiente — uno de los más poderosos caciques del archipiélago, que el ideal cristiano, y en sucesivas y sangrientas jornadas inmolaron á los PP. Luis Morales, Pedro Casanova y Lorenzo Bustillos, con los doce soldados españoles que para su custodia les enviara á bordo del *Buen Socorro* el nuevo gobernador de Filipinas, D. Diego de Salcedo.



APUNTES TOPOGRÁFICOS Y PINTORESCOS ACERCA DE LAS ISLAS CAROLINAS.

VI
Faltábale al P. Luis de San Vitores apurar hasta la última gota el cáliz del dolor, y sabedor del triste fin de los que en vida fueron sus hermanos y compañeros, quiso intentar un esfuerzo supremo, el del gigante, que antes de sucumbir quiere dar la última prueba de su grandeza de ánimo; y sin más custodia que la de su fiel discípulo Calangsur y sin más arma que el pepueño Crucifijo de marfil que de ordinario usaba, se presentó al feroz Matapang, que se ofreció á sus ojos armado de lanza y catana, gritándole:

— Entra, embustero, entra, — perfectamente histórico — y bautízame una calavera que aquí tengo.

Dicho lo cual se arrojaron sus seides — la historia nos ha dejado el nombre de Herao como el de uno de sus más fieros sicarios — sobre el desdichado Calangsur, dejándole muerto en el acto, sin que pudiera contenerlos el débil escudo de la Cruz que ante su cuerpo y las pesadas armas enemigas pusiera el fervoroso hijo de San Ignacio, que fué inmolado á su vez, siendo arrojado su cuerpo al mar y hundido entre las ondas á golpe de remo, como sabrá todo el que quiera preguntar en Agaña

— capital de las Marianas — cómo fué vendido el Crucifijo del P. San Vitores por dos cavanos de arroz, y cómo fué rescatado por fuerzas de armas el día que la ocupación material fué un hecho consumado.

VII

Y eso, eso es lo que explicaba el orador de la Compañía desde el púlpito en r.º de Abril de 1676 al buen pueblo de Madrid — coincidiendo estas con las fiestas celebradas en Manila — al recordar la gloriosa muerte de uno de los más famosos jesuitas de su época, ante su padre D. Jerónimo de San Vitores, que aquel mismo día arrancaba de manos de la Reina regente la orden terminante de sostener en las Marianas, «costara lo que costara,» la soberanía española. Como se hizo.

II

LAS CAROLINAS

I

No existe solución de continuidad entre las Marianas y las Carolinas, como no puede existir entre España y las Baleares; pero por si aun no fueran los hechos realizados prueba bastante de soberanía; por si no se creyeran todavía las hazañas llevadas á cabo por aquellos hombres que en las desgracias encontraban nuevos alientos, justos títulos de señorío; por si aun hubiera alguien capaz de repetir con monsieur Vivien de Saint-Martin, que «España ha inscrito el nombre de las Carolinas en el número de sus posesiones sin provecho para la patria, ni utilizado para los indígenas, ni beneficio para la ciencia ni para la civilización,» vean de cuán distinto modo pensaban nuestros abuelos, sin que pudiera ocurrírsele á ninguno de ellos que andando el tiempo, nadie, y menos

Prusia, que á la sazón era un esbozo de pueblo, pudiera lanzar al rostro de la patria de Juan Sebastián Elcano y Jofre García de Loaisa el ultraje de apoderarse de las islas á título de «tierras sin dueño conocido.»

Remontémonos para formarnos idea cabal de los hechos el día 19 de Octubre de 1705.

II

E introduzcámonos ese día, siquiera sea con la imaginación, en la Cámara real donde Felipe V trabajaba rodeado de sus secretarios del despacho.

El primer monarca de la casa de Borbón examinaba con el mayor detenimiento un pequeño mapa toscamente delineado — alguno de cuyos ejemplares hemos tenido ocasión de ver — y que según la nota explicativa que á la incorrecta carta geográfica acompañaba, estaba dibujado, teniendo á la vista el más raro de los mapas, uno hecho de piedrecitas por unos naufragos, y cuya verdad corroboraban testigos de mayor excepción, que bordeando los mares del Sur — Océano Pacífico — habían tenido ocasión de ver las islas de que el pequeño apunte daba más exacta cuenta. Se componía de treinta y dos grupos principales, situados al Sur de

las Marianas, y cuyos primitivos nombres de Palaos, Samalulutup, Saron, Sorsorol, Mog-Mog, Valayap, Lamurree, tan difíciles de suyo, pronunciaba con no poco trabajo el primer Borbón, no del todo familiarizado todavía con la rica lengua castellana. (Téngase presente que hablamos de 1705, época en que no se había fijado definitivamente la situación de nuestras posesiones filipinas, y en que se ignoraba que constituyesen las Carolinas cuarenta y ocho grupos, con más de quinientas islas, ocupando una extensión de 45.000 leguas cuadradas contando el mar.)

Al mapa venía acompañando — rigurosamente histórico — un breve de Clemente XI y una extensa carta de Luis XIV, cuyos documentos encerraban otra del P. Pablo Clain al general de la Compañía de Jesús, Tirso González, y un extenso relato, copia del que hizo al Papa Clemente el entusiasta P. Serrano, de las noticias que allí se tenían como buenas de haber visto alguna isla de los Palaos — conste que las Carolinas no tuvieron antes otro nombre — el portugués Diego de Roche en 1525, Villalobos en 1543, Legaspi en 1565, y por último, el capitán Francisco Lezcano en 1686, que dió á una isla el nombre de *Carolina* en memoria de Carlos el Hechizado, si bien no las pudo luego descubrir el piloto Alonso Soen, enviado en demanda de ella desde las Marianas.

Extendíase además la relación á detallar cómo en 1696 arribaron á Guivan — isla de Samar — dos pequeñas embarcaciones con treinta y cinco naufragos, de los cuales sucumbieron cinco que carecieron de fuerza bastante para resistir las increíbles fatigas sufridas durante los setenta días que habían sido juguete de las olas, que hasta las hospitalarias playas de Samar los arrojaron, y cómo después de recogidos cuantos informes pudieron suministrar los *desgaritados* al P. Francisco Prado, el comercio y vecindario de Manila había equipado en Septiembre de 1697 una galeota, cuyo mando se confió al lego Jaime Javier, antiguo marino holandés, y cómo un *baguio* impetuoso había hecho naufragar la embarcación en Balanguán, haciéndose imposible la expedición ó inútil «para España y para la cristianidad los esfuerzos hechos para realizarla.»

La extensa exposición que apadrinaba el Papa venía apoyada en la eficaz recomendación del poderoso rey de Francia, que si tan directa influencia ejercía en todos los Estados de Europa, mayor la había de ejercer en España, no sólo á título de abuelo del monarca español, sino que también á título de amparador de sus derechos.

Y como si todo esto fuera poco, pesaba en la conciencia de Felipe V que aquella remota posesión española, la virgen Filipinas, había sido quizás la primera que espontáneamente abrazara su causa, cuando la historia y la tradición más parecían llamarla á defender las pretensiones del archiduque austriaco.

Y todo junto, breve, carta, exposición, agradecimiento, dió por resultado la Real Cédula de aquel mismo día 19 de Octubre de 1705, que recibió el gobernador Zabalburu en 1708, y que á su vez fué origen de la desdichada expedición de Marzo de 1709, en la cual gustaron tantas amarguras los padres Antonio Arias, José de Bobadilla y Francisco de Cavia y los veinticinco soldados que tan alto ejemplo dieron de resignación como de bravura.

III

Días de adversidad eran aquellos; pero el primer impulso estaba dado, y á parte de aquella fecha, presente siempre la Cédula de Felipe V, en que se disponía el apresto de barcos para la reducción y la consignación de 2.000 pesos anuales en el presupuesto de las islas con destino á las de los Palaos.

Y una segunda expedición con idéntico desdichado fin tuvo lugar en el mismo año, siendo comandante de la nao el capitán D. Manuel Elorriaga, piloto Juan de Acosta y misioneros Bobadilla, Pedro de Estrada, Felipe Mexía y Francisco Aquaron.

Pero ya se había hecho cuestión de honra, que siempre la altivez castellana se ha crecido en las desventuras, la conquista de los Palaos, y el conde de Lizárraga dispuso una tercera tentativa en Septiembre de 1710, para la cual se equipó el patache *Santísima Trinidad*, cuyo mando se confió al sargento mayor D. Francisco Padilla, acompañándole ochenta y seis hombres y los jesuitas Duberón, Cortel y Baudín. En una balandra prevenida por las órdenes religiosas le seguían los misioneros Serrano, á quien tanto le debía la colosal empresa, y Bobadilla, que tan milagrosamente pudo salvarse en la funesta expedición de Elorriaga.

No se sabe á punto fijo, nadie ha podido decirlo, á qué isla dió Lezcano el nombre de *Carolina*; pero todo hace creer fuera la que en Noviembre de 1710

descubrió Padilla, y á la que pusieron el nombre de San Andrés por haber arribado á ella el día del apóstol.

«¡Mapia, mapia! buena gente,» gritaron los isleños en viéndolos llegar, y al amistoso grito se unieron las alegres demostraciones de Duberón y Cortel, que sin más armas que una cruz, el estandarte real de Castilla y un breviario, ni más aparato que las modestas estolas, saltaron á tierra, tomando solemne posesión de ella, «implantando la cruz y el estandarte real,» dicen los documentos que tenemos á la vista, sin sospechar quizás que, allí donde buscaban el engrandecimiento de la patria, pudieran encontrar tan desdichado fin como el que representa la muerte á palos; pues arrojado súbitamente el *Santísima Trinidad* mar adentro por un violento huracán, perecieron de tan ignominiosa manera entregados á su propio desamparo los héroes que así confiaron en el traidor ¡mapia, mapia! de los astutos indígenas.

IV

Seguimos tomando prestados á la historia todos estos detalles, no por más gloriosos menos sangrientos, no por más brillantes menos dolorosos, porque nos hemos propuesto seguir paso á paso todos los que dieron nuestros padres hasta llegar al calvario de las Carolinas, que esa sola significación pudo tener para ellos el ansiado archipiélago, y no porque no sintamos verdadera angustia con el recuerdo de tan duros sacrificios, que hay todavía quien tiene audacia de llamar «estériles para la patria é inútiles para la civilización,» como si la civilización no hubiera encontrado en ellos inagotable fuente de enseñanza, y la patria no sintiera el orgullo de haber engendrado hijos tan capaces de sufrirlas.

La cuarta expedición (1712), al mando del capitán Lesso, ocasionó un nuevo desastre al naufragar frente á Marinduque con los PP. Serrano, Crespo y Baudín «y la flor — dice el historiador Juan de la Concepción — de la gente española y ribera de Cavite.»

V

Marca la última etapa de todo este tropel de desventuras y de horas aciagas, la especie de tregua de diecinueve años (1712-1731) que termina con el martirio del P. Cantova en Mog-Mog; pero no sin que éste dejara de significar la sanción de nuestro dominio, el título más legítimo de nuestro indiscutible señorío en el archipiélago carolino, aun cuando algún historiador haya dicho á raíz del suceso, en aquellos momentos de desaliento, que «con esta funesta tragedia se dejó por completo el empeño de la conquista de las islas Carolinas.»

Dió ocasión á esta última expedición la llegada á las Marianas de los restos de un nuevo naufragio de Palaos en 19 de Junio de 1721, que logró retener en Guaján el gobernador D. Luis Sánchez, hasta que el P. Cantova salió en 11 de Mayo de 1722 con rumbo á las islas, si bien las tempestades, las iras del mar, le llevaron bien lejos del que había de ser teatro de su glorioso martirio, revistiendo verdadero carácter de leyendaria la navegación hecha por él y sus compañeros barridos por las olas en todas direcciones, hasta que la casualidad los arrojó sobre Manila, de donde sólo regresó á su misión el intrépido sacerdote en 1730, para salir inmediatamente de Agaña acompañado del P. Víctor Walter, en 4 de Marzo, yendo á encontrar la muerte en 9 de Junio de 1731, abrazado á la cruz que él mismo implantara en la isla de Mog-Mog, donde aun es tristísima tradición entre los indígenas que para la epidemia que á raíz del cobarde asesinato asoló las islas, cuyo número de habitantes señalaban por medio de puñados de arena — histórico, — no encontraron remedio más eficaz que el de pasear en triunfo por las rancherías invadidas el morado estandarte de Castilla, junto al cual inmolaron de tres lanzadas al último de los héroes castellanos, al insigne P. Cantova.

VI

¿Quién, desde entonces, se ha atrevido á poner en duda nuestra soberanía en aquellos mares? ¡Ah! La nación de las tristes glorias, el pueblo que piensa con las puntas de sus bayonetas y habla con la voz de sus cañones, la engañada Alemania, que pretende ignorar cuánta sangre y cuánto oro ha derrochado España en la Oceanía.

Pero esta vez la ha cegado su ambición: las Carolinas no están hoy, no estarán mañana, no estarán nunca ni en el corazón ni en la mente de los españoles; ni perdidas ni olvidadas!

J. MARTÍNEZ PARRA

CARLOS WILLIAM SIEMENS

III

Conversión y transporte de la fuerza.



El 14 de Febrero de 1867 presentó Siemens á la Sociedad Real de Londres la siguiente Memoria que creemos de nuestro deber reproducir íntegra, pues señala una etapa importante en el progreso de las máquinas electro-dinámicas:

Desde el gran descubrimiento de Faraday, los electricistas han recurrido á las fuerzas mecánicas para la producción de los más poderosos efectos eléctricos; pero el poder de las máquinas magneto-eléctricas parecía depender de la fuerza gastada y de la cantidad de magnetismo permanente.

Sin embargo, mi hermano Werner me indicó últimamente un experimento, que prueba que el magnetismo permanente no es necesario para la conversión de la fuerza dinámica en fuerza eléctrica. Es muy notable el resultado obtenido por este experimento, no sólo porque demuestra un hecho hasta aquí desconocido, sino también porque nos enseña una manera sencillísima de producir efectos eléctricos sumamente poderosos.

El aparato que he empleado es una máquina compuesta de varias barras de hierro dulce rodeadas de alambres de cobre aislados, de una armadura móvil de hierro dulce rodeada también de alambres aislados y de un conmutador que junta las diversas bobinas como las de una máquina magneto-eléctrica. Si se coloca una pila en el circuito, la armadura gira en dirección determinada; si se quita y se imprime á la máquina un movimiento en sentido contrario al producido por la pila, no se determina ningún efecto eléctrico, con tal que los electro-ímanes estén completamente libres de todo magnetismo; introduciendo ahora la corriente de un solo elemento en el circuito, se producirá un nuevo estado magnético; así los polos electro-magnéticos del mismo nombre se acercarán, al paso que los polos de nombre contrario se alejarán, porque el movimiento es contrario al que tiende á producir la corriente de la pila.

Forzando los polos semejantes á que se junten y los contrarios á que se alejen, se aumenta la tensión magnética, y por consiguiente crece la potencia de la corriente excitadora; la resistencia que ofrece la armadura á la rotación, irá por consiguiente creciendo á cada vuelta hasta que llegue al máximo dependiente de la fuerza gastada y de la conductibilidad de los hilos metálicos empleados.

La corriente no es necesaria más que un instante para excitar la acción magnética, que continúa despues acumulándose en la máquina sin ayuda de la pila.

La corriente cesa con la rotación. Si se pone de nuevo la corriente de la pila, pero intervertiendo los polos la corriente continua producida por la máquina, está entonces en sentido contrario del que estaba en el primer caso.

En vez de emplear la pila para provocar la acción acumuladora de la máquina, basta con tocar las barras de hierro dulce con un imán permanente ó colocarlos en una posición paralela al eje magnético de la tierra. En la práctica no es tampoco necesario dar una impulsión exterior á la máquina; el magnetismo remanente de los electro-ímanes es más que suficiente.

La máquina más á propósito para producir estas corrientes es la que Mr. Werner Siemens ha propuesto en 1857. Consiste en una armadura cilíndrica abierta en sus dos extremos para recibir el hilo aislante enrollado longitudinalmente, y girando entre los polos de una serie de imanes permanentes; reemplaza solamente los imanes por electro-ímanes. Imprimiendo un movimiento de rotación á esta armadura, se ve que la resistencia aumenta hasta el punto de que las correas empiezan á escurrirse y los hilos de cobre de las bobinas se calientan hasta quemar la seda que los cubre.

Es pues, posible producir mecánicamente los más grandes efectos eléctricos ó caloríficos sin emplear los imanes de acero, contra los cuales se objeta la pérdida del magnetismo permanente por un uso prolongado.

Esta descripción, que tiene la claridad de un privilegio de invención, constituye para William Siemens una verdadera toma de posesión. Es verdad que en el mismo día Wheatstone daba lectura á la Sociedad Real de una memoria sobre el aumento de la potencia de un imán por la reacción que sobre él ejercen las corrientes inductivas producidas por sí

1 Revue des cours scientifiques, 1867, pág. 663.

mismo. Estos dos grandes talentos habían concebido separadamente la idea de las máquinas dinamo-eléctricas, pero aunque tenga que repartirse entre los dos la gloria, no es por eso menor la parte que corresponde á cada uno, porque esta creación de su ingenio es el punto de partida de los adelantos modernos. Wilde y Ladd no tuvieron más que seguir el camino abierto por los maestros, y adoptando el anillo de Pacinotti, Graume obtuvo cuantos resultados quiso ¹.

Entre las numerosas máquinas dinamo-eléctricas que se disputan hoy el vasto campo de las aplicaciones industriales, hay una muy conocida que lleva el nombre de Siemens. El lector se la atribuirá con gusto á nuestro sabio electricista. Es cierto que no fué ajeno á su invención, pues salió de la casa Siemens, de Berlín; sin embargo, debe en justicia decirse que M. Hefner-Alteneck tuvo á su cargo la mayor parte de la construcción, cuya propiedad no fué en modo alguno disputada por la generosa *dinastía* de los Siemens.

Sir William que buscaba siempre nuevos y más poderosos medios para convertir la energía dinámica en energía eléctrica, dió á conocer en 1882 una nueva máquina que llamó unipolar. Se funda en la inducción producida en un cilindro de cobre que gira al rededor de un polo de imán. Un gran electromán vertical de dos ramas, lleva al rededor de sus polos dos mangos móviles y cóncavos; la parte inferior de cada uno de estos mangos está ligada á los hilos de los electros por medio de un frotador. La corriente se hace por medio de otros dos frotadores aislados que comunican con la parte superior del cilindro. La fuerza electro-motriz de este generador es de un caballo, pero la resistencia de los mangos es tan pequeña, que se nota la corriente. Se puede aumentar considerablemente cambiando la construcción de la máquina; los polos son entonces cóncavos y rodean á los cilindros móviles, que están colocados longitudinalmente de modo que los frotadores pueden adicionarles las fuerzas electro-motrices ². Este generador es de una sencillez notable.

Vemos pues, que la parte que tomó Siemens en los trabajos de nuestros electricistas contemporáneos es muy considerable, y que con mucha justicia se escribió en su retrato: *Electric Knight Light*.

Siemens ha trabajado mucho para la propagación de la luz eléctrica; puede atribuírsele parte de la invención de la lámpara diferencial, explotada con tan buena fortuna por la casa Siemens y Halske, de Berlín; una barra de hierro dulce y móvil entre dos bovinas superpuestas, arregla automáticamente la distancia de los carbones. Contribuyó también mucho al perfeccionamiento de las lámparas de incandescencia. Siempre, y en todo lugar, daba testimonio de la confianza que le inspiraba el porvenir del alumbrado eléctrico, sin caer, sin embargo, en esa exageración ridícula de que tanto se tacha á algunos partidarios de la electricidad. Véase aquí los términos con que expresaba su pensamiento en el célebre discurso que pronunció en 1882, en el congreso de Southamton sobre la física general y sus aplicaciones ³. La luz eléctrica, no hay por qué dudarlo, tendrá un lugar muy importante en el alumbrado público á pesar del precio, que es superior al del gas. Se empleará preferentemente al gas para el alumbrado de los salones, teatros, museos, iglesias, bibliotecas, talleres, etc. Pero me atrevo á decirlo, la luz del gas será siempre la luz del pobre.

La energía eléctrica puede también utilizarse como principio de calor. Siemens abrió nuevo campo á los estudios de los metalurgistas, inventando un horno eléctrico, en el cual sometía los metales á una temperatura muy elevada ⁴. En este horno basta una corriente de 250 grados para fundir el platino. En menos de veinte minutos se liquidan 2.700 gramos de hierro labrado, pudiendo echarse en el molde. De un solo golpe se funden 9 kilogramos de acero. El tungsteno se carboniza y produce una fundición muy blanca. La electricidad está llamada á desempeñar un papel muy importante en la preparación de los metales preciosos ⁵.

(Se continuará.)

¹ El lector deseoso de detalles más amplios puede ver el trabajo que *Sur la transmission de la force motrice* publicó Mr. Aimé Witz en la *Revue des question scientifiques*, en el mes de Octubre de 1880.

² *Lumière électrique*, VII, pág. 321-1882.

³ Siemens era entonces presidente de la Asociación británica.

⁴ Este trabajo lo hizo en colaboración con M. Hurlingthorn.

⁵ Memoria leída en la Asociación británica.

UN MANUSCRITO INÉDITO DEL P. RIBADENEIRA

VIDA

DE DOÑA ESTEFANÍA MANRIQUE DE CASTILLA, FUNDADORA DE LA CASA PROFESA DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.

(Conclusión.)

No se puede fácilmente creer el contento y el consuelo que recibió cuando entendió que los Padres de la Compañía habían llevado en hombros el cuerpo de su hermano, y salíóle á recibir en procesion con cruz hasta el fin de su calle y hecho las demas cosas que suelen hacer por sus fundadores, deshaciéndose en lágrimas de puro gozo, y alabando al Señor por aquella tan señalada y singular merced que la había hecho, porque fué tan grande el deseo de dar su hacienda á la Compañía que en una cláusula del testamento dice lo que sigue:

«A todos los Padres de la Compañía suplico se acuerden de mí y de mis difuntos en sus sacrificios y oraciones, como yo lo confío de su mucha caridad; pues á todos les es notoria la grande devoción que les he tenido desde el punto que los conocí y empecé á tratar, y que he procurado servir á todos los de la Compañía generalmente en todo lo que he podido, y que es cierto que si Dios Nuestro Señor me hubiera dado más hacienda se la diera y dejara con la misma voluntad, que les ha dado y dejado lo que Dios ha sido servido de darme, por la gran voluntad que les he tenido y tengo, y por entender que fuera muy gran servicio de Dios Nuestro Señor sustentar obreros de la viña del Señor, y criar gente que tanto trabajan en el servicio de su Divina Majestad, con tanto fruto como hacen con sus santas predicaciones y ejemplos de sus vidas, que en todas partes no se conoce otra cosa sino su penitencia, su aspereza y su rigor en la vida su oración perpetua, su mucha consideración y meditación, su caridad con los prójimos y el celo ferventísimo por la gloria Divina, con que valerosamente reprenden los vicios y desórdenes del pueblo, y remedian las insolencias y demasías de los poderosos, humillándolos á todos y trayéndolos á la obediencia de nuestro Criador. Este intento, como ellos muy bien saben, lo he tenido muchos años ha sin que hubiese rastro de mudanza ó disminución en él.» Todas estas son palabras suyas; á las cuales todos los de la Compañía deben estar muy agradecidos y atentos á los beneficios de esta bienhechora, y al fin con que les dejó su hacienda.

También deseó trasladar los cuerpos de sus padres y de sus hermanos ya difuntos, del coro de las monjas de la Madre de Dios de Toledo que era el entierro de su Casa, á la Capilla Mayor de la Iglesia de la dicha Casa Profesa; y aunque se la ofrecieron muchas y grandes dificultades, ella con sus oraciones y prudencia y destreza las allanó; porque era grande el respecto y amor que todas las monjas la tenían, y la deseaban dar gusto, y ella se lo agradeció con palabras y obras, como era razon, y por su orden se depositaron los huesos de los dichos sus padres y hermanos junto altar mayor de la Iglesia que hoy tiene la Compañía, para trasladarlos despues á la nueva que se hiciese.

Y porque Doña Isabel de Castilla su madre en caso que Don Pedro Manrique muriese, y Doña Estefanía, sus hijos, sin sucesion, había hecho cierta manda de su tercio y quinto á la Santa Iglesia de Toledo, para casar huérfanas y rescatar cautivos, y la dicha Doña Isabel no había podido hacer la manda del tercio en perjuicio de sus hijos, todavía, porque en ningún tiempo pudiese haber pleito sobre esto, Doña Estefanía se concertó con la Santa Iglesia que renunciase al derecho que pudiese tener al tercio y ella le daría el derecho que pudiese tener al quinto, y particularmente los pidió que toda la renta de dicho quinto se empleara en rescate de cautivos, pues el cabildo tenía muchas presentaciones para casamientos de doncellas, y ninguna renta para rescatar cautivos, y si la del quinto se repartía en entrambas obras, ninguna de ellas luciría ni se haría con la autoridad que su madre pretendió, ni con tanta utilidad de los cautivos. Y puesto caso que á muchos les parecía que en ninguna manera se podría alcanzar esto del cabildo, Doña Estefanía por medio de sus oraciones lo alcanzó de Dios, el cual segun se cree inspiró á los canónigos que le concediesen todo lo que pretendía sin haber hecho ella negociación alguna de su parte, ni aun sabido cuándo lo habían de votar; y cuando lo supo alabó al Señor, y ordenó que los cautivos que viniesen rescatados despues de haber oído la misa cantada que les ha de decir el cabildo en Nuestra Señora del Sagrario, vayan á visitar la Capilla Mayor de la Iglesia de la

Compañía de Jesus, donde estan los huesos de su madre que había dejado la dicha renta; y habiendo hecho allí oración se partiese entre ellos cierta renta que ella dejó para este fin, demas de darle á cada uno la limosna que hubiese menester para ir desde Toledo á su tierra, como la dicha Doña Isabel lo dejó en su testamento.

Otras cosas que deseaba dejó ordenadas y concluidas antes de su muerte, porque el Señor que, como dice el Profeta David, hace la voluntad de los que le temen, y oye sus ruegos, cumplió muy enteramente á esta Señora sus deseos aun en las cosas más menudas, puesto caso que ella todo lo remitía á su santa voluntad.

Y cuatro meses antes de su muerte estando más desembarazada, por haber cumplido el testamento de su hermano se dió mucha prisa en hacer el suyo, diciendo que la muerte andaba muy lista, y que no quería que la tomase desapercibida; y así lo hizo con mucha consideración y sosiego de su alma, y escribió buena parte de él de su mano, disponiendo las cosas con tan grande liberalidad que causó admiración á todos los que la oyeron y leyeron su testamento, porque dejó á todos sus criados y criadas muy largas mandas, diciendo que la habían servido y no tenía á quién encomendarlas.

Con todas las monjas deudas suyas, y con todas las religiones, de las cuales era devotísima, y obras pías, mostró las entrañas que tenía de piedad, dejándoles buenas limosnas.

CAPÍTULO XIII

De su última enfermedad y muerte.

Esto acabado Nuestro Señor la envió una calentura, y aunque el segundo y cuarto día la hallaron los médicos sin ella, desde que cayó mala el Señor la dió á entender que con aquella enfermedad había de acabar esta miserable vida; y así se dispuso, aunque siempre estaba dispuesta, con los Santos Sacramentos de la Confesion y Comunión, y á los 7 de Diciembre víspera de la fiesta de la Concepcion de la Virgen dió gran prisa para que se acabase un memorial, que ella tenía comenzado á escribir de su mano, en el cual demas de las mandas que hacía repartió á sus criadas, y otras personas varias imágenes, alhajas y preseas, nombrando á cada una y señalando lo que se le había de dar sin rastro de tristeza, pena ó temor dijo en voz alta: Ya esto es acabado, y se despidió de los que allí estaban, animando á sus criadas, y exhortándolas á tener gran caridad entre sí, y que acudiesen siempre á sus confesiones y comuniones, y la encomendasen mucho á Dios; y derramando ellas muchas lágrimas, la santa señora estuvo con la misma paz y sosiego de su alma, que había tenido en el discurso de su vida. Y el día siguiente bien de mañana, diciéndole un médico que estaba mejor, ella dijo á los circunstantes que se moría, como quien entendía que se acercaba la hora de su tránsito, y tornó á recibir á Nuestro Señor por viático, y pidió que la diesen luego la extremaunción, á la cual respondió ella misma tan clara y distintamente como si no tuviera enfermedad alguna. Y notóse que, con haber sido en vida muy sorda, que no podía oír sino á grandes voces, ó teniendo pegada á la oreja una trompetilla, en este tiempo oía todo lo que se le decía aunque la hablaban bajo, y lo repetía con mucha facilidad.

Despues se entretuvo con algunos y tiernos y amorosos coloquios con su dulce esposo; y sin haberse levantado el pecho, ni haber dado boqueada, ni hecho otro movimiento, se quedó dormida en el Señor á los 8 de Diciembre del año 1606. Y parece que Nuestro Señor la quiso consolar sacándola de este destierro aquel día de la Sacratísima Virgen, al cual era ella muy devota por ser fiesta tan grande, y por haberla sacado del golfo de la Corte tantos años antes en el mismo día.

Quedó su cuerpo muy hermoso, y con el color vivo, y con haberla tenido treinta horas sin enterrar, sin rastro de mal olor. En divulgándose por la ciudad de Toledo el dicho tránsito á mejor vida de Doña Estefanía hubo en ello extraordinario sentimiento, porque á muchos les faltaba madre, amparo y remedio, y á toda la ciudad un raro ejemplo y dechado de virtud y santidad.

Acudieron casi todas las señoras con sus hijas á acompañar y honrar aquel cuerpo, que tan buena compañía había hecho á su alma en servicio del Señor y no se hartaban de ver aquella cara angelical, llamándola á boca llena Santa, y entreteniéndose con ella tan sin horror y temor como si estuviera viva.

Y aunque por su humildad dejó una cláusula en su testamento en la cual mandó que el día de su entierro solamente acompañe á su cuerpo la Cofra-

dia de la caridad, y una docena de los niños de la doctrina, y la lleven pobres, y que fuera de esto no se haga más diferencia en su entierro de lo que se hace por un hermano de la Compañía de Jesús, y encarecidamente suplicó á los albaceas que se guardase esto con todo rigor, de modo que no se exceda cosa alguna de ella, todavía fué tanto el concurso de toda la ciudad á su entierro que apenas se podía romper por las calles. Y los Padres de San Francisco en forma de convento de suyo vinieron sin ser llamados, y otros muchos de otras Religiones, y los Padres de la Compañía como pobres llevaron su cuerpo en hombros, y le sepultaron con toda solemnidad y aparato, que á Señora tan Santa, y tan pura, y tan bienchora, y fundadora de su Casa convenía.

Depositóse su cuerpo junto al Altar mayor; debajo de donde están los huesos de sus padres con una letra que dice:

D. ESTEFANIA. MANRIQUE. VIRGO. LECTISSIMA. GENERE. FORMA. INGENIO. MORIBVS. IPSIS. GRATIARUM. DIVINIS. MANIBVS. FACTA. NIL. AMPLIVS. DICAM. — AED. HANC. CVM. DOMICILIO. DE SV. VNA. CVM. PETRO. FRATRE. AB. IMO. CONSTITVIT. — EX. CONDUCTO. ET. TESTAMENTO. MANDAVIT. — VIXIT. ANNOS. LIX. PAVCIS. MINVS. DIEBVS. OBIT. VI. IDVS. DECEMBRIS. M. DC. VI.

Que quiere decir: Doña Estefanía Manrique Virgen en sangre, belleza, genio y costumbres, y tan adornada de todas las gracias, como quien fué fabricada por las mismas manos del Señor. No hay más que decir. Mandó ella y su hermano Don Pedro que esta Iglesia y casa se edificasen de nuevo á su costa. Vivió cincuenta y nueve años, pocos días menos. Murió á los 8 de Diciembre de 1606.

Después se hizo un Novenario, cantando los Padres cada día del una Vigilia y Misa con su Responsorio, y predicando de sus grandes virtudes un sermón el último día del. Y en el mes de Abril siguiente del año de 1607, juntándose los Padres de la Compañía en la misma Casa Profesa á tener Congregación Provincial le hizieron el cabo de año anticipándole, y hubo sermón con gran concurso de toda la Nobleza de la Ciudad, y de otra gente, procurando ser agradecidos á tan santa Señora, y que tanto los amó.

Esta es en suma la vida de Doña Estefanía Manrique de Castilla, vírgen purísima, y señora más esclarecida por su raras y admirables virtudes que por su sangre. La cual puede servir de un perfectísimo dechado á todas las señoras, que conociendo la vanidad del siglo viven en él con el cuerpo, y con el corazón en el cielo y desean de veras agradar al Señor. Y puesto caso que todas las virtudes se hallaron en Doña Estefanía en excelente grado, y todos nos podemos aprovechar de los admirables ejemplos que nos dejó, de oración, humildad, penitencia, obediencia, mortificación, amor de Dios, y de los prójimos, misericordia, benignidad, paciencia y mansedumbre, como en lo que hemos escrito se puede ver, notáronla muchas personas graves y Religiosas con admiración una grande igualdad de ánimo y tenor de vida que nacía de la paz y quietud de su alma, de manera que en sus inclinaciones, defectos y modo de obrar y de conversar, siempre era la misma en todo tiempo y lugar, sin que cosa alguna la turbase, ni anublase aquella serenidad de su rostro y de su corazón. Lo segundo, tenía siempre una alegría y suavidad de espíritu tan maravillosa y divina, que no parecía cosa de la tierra, porque en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en el dolor era la misma; y en el tiempo que era atormentada de gravísimos dolores estaba con la boca llena de risa, llorando, y riyendo juntamente y quejándose y alabando á Dios, y padeciendo y deseando padecer, mas como si ella no fuera la que padecía, ó como si ya padeciendo gozara de Dios. Lo tercero, que con ser de extremada hermosura, la cual la duró por toda la vida, y tratar con todos con suma afabilidad y perpetua alegría en su rostro, componía á los que la miraban, y los provocaba á toda honestidad y virtud; porque su hermosura no era lasciva, ni tenía sabor, ni olor de cosa de la tierra, sino que parecía celestial, y elevaba los corazones donde tenía su origen y principio. Lo cuarto, que habiendo ella tratado siempre en lo exterior con todos con un modo tan llano y tan común, sin melindre, sin escrúpulo y sin mostrar cosa que pareciese singular, antes habiendo encubierto sus penitencias, horas de oración y las mercedes que Dios en ella le hacía, fué tan rara su modestia y compostura, que todos la tenían por santa, y mas los que mas familiarmente la trataban; y cuando algunos la veían, ó yendo á la Iglesia la topaban en

la calle solían decir: *Santa, Santa, Dios te bendiga, y te guarde muchos años.*

Dios la bendijo, con una bendición muy copiosa, y la guardó en esta vida con su gracia y la guardará en la otra, para que goce de sus abrazos y de su gloriosa vista y siga al Cordero, acompañada de las otras innumerables Vírgenes y le alabe y glorifique para siempre.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)



OR algunos instantes oyó galopar detrás de él el caballo del segundo cosaco. Este infeliz, encarnizado en la persecución del que le había herido levantaba hacia él, en señal de amenaza, ese brazo mutitado de donde salía la sangre y caía en el suelo.

Pero al cabo de algunos momentos le abandonaron las fuerzas, y sintiendo debilitarse, se dejó resbalar de su caballo.

Entretanto, pasado el primer transporte, pensó, con razón, que la prudencia le era muy precisa.

Se había descubierto su fuga, y sin duda iban á mandar propios en todas direcciones. Era, pues, indispensable, no sólo el alejarse con prontitud, sino también el hacerlo sin dejar trazas de su paso. Por eso tomando una resolución enérgica, Witold se apeó del caballo y lo abandonó, y no tardó en verlo desaparecer en la dirección de la ciudadela de M.*** Muy satisfecho de esta circunstancia, que iba á engañar á los perseguidores sobre el camino que él había tomado, el joven jefe se internó en el bosque, andando con paso precipitado y guiándose tanto como le era posible por la posición de las estrellas.

Era hacia el Sud hacia donde se encaminaba, para alejarse lo más posible de su reciente prisión. Dotado de una fuerza extraordinaria, excitado por el furioso desecho de conservar esa libertad que había adquirido después de haberla perdido tan fatalmente, erró toda la noche sin calcular la distancia, sin sentir ni el cansancio, ni el hambre, ni el frío. Apoyado ligeramente sus pies sobre el espeso y aterciopelado musgo, deslizándose entre las ramas en los sitios más espesos, no hacía caso de las espigas que le destrozaban las manos, ni del rocío que mojaba sus vestidos y sus cabellos.

Solamente hacia el alba, cuando el fresco que precede al levantarse el sol empezó á hacerse sentir bajo la sombra de los grandes árboles, se sorprendió tiritando, y se acordó que desde la víspera no había tomado ni alimento, ni descanso.

Al mismo tiempo se enteró que sus vestidos estaban empapados de agua y que sus piernas se rendían á tanto cansancio.

Entonces comprendió que le era necesario el buscar un asilo bajo pena de desmayarse en algún rincón del bosque y morir allí, ó volver á caer en mano de los rusos. Juntando sus últimas fuerzas, trató de dirigirse por el lado en que el bosque iba aclarándose; pero ya no andaba sino con dificultad; sus ojos se cerraban á pesar suyo, sus dientes rechinaban, su andar era inseguro. Por un instante estuvo á punto de tenderse en la hierba y dormirse allí, sin preocuparse de lo que le sucedería al despertar; pero recordó entonces que no había concluido su cometido y que se debía hasta el fin á la santa causa de la patria. En el mismo instante oyó en lontananza el cacareo de un gallo. No estaba lejos de una habitación, y sin embargo parecía el bosque tan desierto, tan sombrío! A pesar de eso, al cabo de veinte minutos, le pareció que los árboles se aclaraban, que el musgo era menos verde; después entre las ramas, percibió una alameda de chopos y las empalizadas de un jardín. Había allí una casa, y sin duda hombres; ¿pero sería prudente ir á entregarse á ellos?

Witold salió del bosque, deslizándose por los vallados, y llegó á la alameda.

A esta hora matinal, no había aún nadie en el camino. Ya en la alameda vió extenderse á los lados una gran llanura, detrás de él el bosque, y en fin, bajo las grandes encinas... la casa con tejado colorado, con paredes blancas, con numerosas ventanas, en la cual algunos días antes le habían hecho tan amable acogida.

Recobró la esperanza, y con paso seguro entró bajo los chopos de la alameda. La puerta que se abría para recibirle era la del dwar de Glonki.

XVII

Pronto se enteraron en la ciudadela de la fuga del cautivo. Cuando relevaron á Hyrcio de su puesto, el centinela que le había reemplazado, asomando la cabeza al cuarto, había visto el nido vacío y que el pájaro había volado. De aquí exclamaciones, rumores, alarmas.

La espantosa noticia llegó muy pronto al coronel. Primero metió en el calabozo á los dos últimos centinelas; pero habiendo registrado el sitio, dijeron que el prisionero se había evadido por la ventana; era, pues, muy difícil, el acusar de traición ni aun de negligencia á los centinelas del corredor. La ciudadela encerraba un traidor; esto era seguro, porque sólo un traidor podía haber dado la lima al prisionero. Era preciso á toda costa buscarlo y castigarle. Esperando el coronel, que acababa de telegrafiar triunfalmente á Varsovia la noticia de su cautiverio, tuvo que telegrafiar tristemente la nueva de su fuga.

Al día siguiente poco más ó menos á la hora en que Witold iba á abrigar su cabeza proscriba bajo el techo de Glonki, llegaba de Varsovia una respuesta fulminante. El gobernador general destituía al coronel Nebutoff de su grado de comandante de la fortaleza, nombraba para reemplazarlo al mayor Gleboikin, que iba á tomar posesión con dos nuevos regimientos, y prescribía el inmediato arresto del oficial que había estado encargado especialmente de vigilar al cautivo.

Ignatiew esperaba esta medida, y aunque desde la víspera hubiera podido huir cien veces, estaba resuelto á quedarse.

Sabía que la llegada del nuevo comandante sería el preludio de una sumaria severa, y que si no llegaban á descubrir al verdadero culpable, probablemente se haría recaer la culpa sobre el padre de Alejandra. Más valía confesar y morir.

Cuando lo prendieron anunció que tenía que hacer una declaración, y el coronel, aterrado por esta circunstancia, se vió obligado á reunir su consejo.

En la misma sala baja en que hemos visto á Alejandra y á Ignatiew escuchar la denuncia de los gitanos, fué donde compareció el joven oficial ante los jueces, sus camaradas de la víspera.

Desde las primeras palabras que pronunció, rogó que no se molestase á nadie, que él solo había dado la lima y ayudado á Mlotek á fugarse.

Esta confesión causó una impresión terrible en el auditorio. El coronel, que desde la infancia había amado y protegido al joven capitán, parecía que iba á desmayarse. Esta amargura presente despertaba muy al vivo en él el sentimiento del dolor paternal: le parecía que por segunda vez perdía un hijo.

—¿Qué motivos han podido deciros á cometer tan infame traición?—preguntó al joven cuando se tranquilizó para poder hablar.

—«No hablemos de traición, os ruego—respondió Ignatiew con firmeza y dulzura.—No veis en mí más que el nombre de mi padre, y olvidáis el amor que le tengo á mi verdadero país. En esa tierra es donde he nacido, donde he crecido, y donde moriré mártir... La patria que degolláis es la mía, el pueblo que oprimís es el mío: para servirlos con más utilidad, he llevado vuestra librea. Ahora sabéis todo, fusiladme; he cumplido mi deber y moriré contento.»

La confesión era formal, y el consejo no necesitaba deliberar. No obstante, el coronel no pudo tomar sobre sí el pronunciar la sentencia. «Según las decisiones de la autoridad superior—dijo él—yo no mando aquí; debo, pues, reservar el juicio al mayor, que llegará esta tarde.»

Después se apresuró á levantar la audiencia, ordenando que llevaran al joven capitán al calabozo.

Así, por algunas horas se prolongó en la prisión esta noble existencia, que muy pronto iba á ser entregada al sepulcro y al olvido. Dejemos el calabozo en paz, no turbemos su silencio. Si este corazón tierno y noble, que muy pronto va á perder su sangre por tantas heridas, quiere agotar en el gran silencio de la soledad todos los recuerdos de su juventud y decir adiós á ensueños acariciados por mucho tiempo, no vayamos allí á contar los latidos, á espiar su última agonía. ¡Quién sabe si antes de cerrar estas páginas, no tendremos que bajar á otro calabozo, á sorprender allí otro drama de pesares y de recuerdos...! Escena lúgubre es la que os refiere mi historia; escena en que la Polonia militante derrama su sangre más lozana en los campos de batalla, en las que la Polonia que sufre exhala su más puro aliento en el cadalso, y donde todo sería sangriento, desolado, triste, si allá arriba, en un rayo de sol, el ángel de la resurrección no señalase con el dedo sobre su estandarte esta última palabra del sacrificio y de la abnegación: «¡Por Dios y por la patria!»

Este era precisamente el día que había fijado Tadeo para su casamiento con su bonita prima. ¿Cómo era, pues, que en este momento, no había bajo el techo del dwor de Glonki, ni preparativos de fiesta, ni asamblea brillante? ¡Ay! ¡Ni el novio se encontraba allí! Desde ese último día de gozo y de felices ilusiones en que vimos á Tadeo y á Alina conversar en el jardín, habían transcurrido ocho días, que habían traído á Mlynck la carnicería, la desolación y el incendio; la señora de Oskierko estaba en el sepulcro; Tadeo huía, Alina vestía luto.

Tan horrible catástrofe, tan brusca, tan imprevista, había destrozado el corazón de la pobre niña. Solamente, como había adquirido experiencia y valor, como no era ya la jovencita tímida y delicada que hemos visto aparecer al principio de esta relación, ella se esforzaba en moderar sus lágrimas y buscaba un consuelo á su dolor, diciéndose que Tadeo estaba al menos en salvo, aunque estuviese lejos de ella.

En este momento, sentada en el pequeño salón, al lado de su padre, escuchaba con tristeza y profunda atención la relación que le hacía Witold del combate é incendio de Mlynck. Aunque el Sr. de Sawinski le había rogado que no volviese á hablar de tan dolorosas peripecias, ella había querido oír todo y había exigido estos detalles al valor y á la amistad del joven jefe.

Los ojos fijos sobre los de Turno, siguiendo con la mirada los menores movimientos de sus labios, dejaba ver sobre su móvil y delicado rostro las impresiones de espanto y de dolor que le causaba este lúgubre drama.

Witold hablaba con ánimo; pero con voz sorda, y algunas veces entrecortada.

Le era penoso tener que recordar desastres tan recientes: por eso dejaba ver en su fisonomía y en su voz el cansancio, el desaliento y una profunda tristeza. Era la mañana misma en que había llegado á llamar á la puerta de Glonki, y su larga marcha de la noche anterior podía, con razón, justificar estos síntomas de cansancio.

Además, por consejo del Sr. de Sawinski había modificado ligeramente su apariencia personal, había cortado su larga cabellera, afeitado su negro bigote, y su ordinaria expresión de valor y de buen humor estaba medio velada por su triste aspecto y su mirada ligeramente abatida.

—Si algo me consuela de este desastre—decía él á Alina—seguramente es la fuga de Tadeo. Se desmayó en... cuanto vió caer á su madre, y creí al pronto que había sido sepultado bajo las ruinas del castillo. Pero ya que el anciano Javier os asegura...

—Sí, al menos Dios nos ha librado de esa desgracia. Sabemos por buen conducto que Tadeo está sano y salvo en Varsovia. Volverá á nuestro lado cuando se hayan alejado las columnas rusas.

—Es una buena noticia la que me dais... —Volveré á ver á mi querido Tadeo. ¿Pero quién sabe si él se alegrará mucho?—continuó Mlotek suspirando.—Yo soy el que ha atraído sobre él todas estas desgracias: el incendio de su pueblo y de su castillo y la muerte de su madre.

—No sé si hay en el mundo un destino más cruel que el que os condena á ser la causa de la ruina de vuestros amigos.

—Y bien, ¿y vuestra divisa?—interrumpió el Sr. de Sawinski, levantando la voz.—¿Habéis olvidado vuestra promesa á la patria? Aquí mismo lo habéis dicho: ella es exigente y celosa. Si quiere vuestro desastre, y el dolor de vuestros amigos, y su sangre y la vuestra, dádsela sin medida. No haréis más que cumplir vuestra promesa, y nadie, ni vos mismo podéis censurarla.

—Esto no impide que si yo no hubiera ido á Mlynck, usted se casaría hoy mismo con Tadeo, ¿no es verdad, señorita Alina? ¡Mirad un poco qué extraño encadenamiento de circunstancias! ¡Os había prometido el venir á Glonki para el día de vuestra boda... y aquí estoy! Desgraciadamente falta el novio.

Alina dió un suspiro, y sin responder echó una mirada á su vestido de luto.

—Verdaderamente—continuó Witold—me volvería supersticioso si fuera escéptico. Si no creyera en la Providencia, creería en la fatalidad. ¿No sentís como yo una fuerza irresistible que nos empuja, nos dirige, nos conduce? ¡Ah! ¿Soñabais con la victoria? tendréis las cadenas—me dice.—¿Vosotros pensábais casaros? os enviaré lágrimas, y os vestiréis de luto.

—Vamos, vamos—replicó el Sr. de Sawinski—este es el lenguaje de un general que acaba de perder una batalla. De un general joven, se entiende, porque si fuera un anciano hubiera bebido ya tanta hiel, que ya no sentiría casi nada la amargura... ¡Cás-

pita! un comandante tan valiente no debe mostrarse tan abatido.

—Os engañáis, querido amigo—replicó Witold con una sonrisa llena de nobleza y de altivez.—No estoy abatido, sino resignado. En el momento de la acción y sobre todo del peligro, mi ánimo estará siempre tan firme, mi brazo tan pronto. Solamente que he perdido mucho la confianza en mí mismo. No soy ya, bien lo siento, un principio activo, una voluntad que piensa, sino más bien un instrumento dócil en las manos de un gran obrero. En un instante me dirá: «Golpea», y yo golpearé. «Habla», y romperé el silencio. «Muere», y el golpe fatal me herirá en la frente ó en el corazón. ¿No es este, mi digno amigo, el pensamiento que ha inspirado á nuestro proverbio polaco: «El hombre dispara, Dios dirige la bala?»

—Tenéis razón, Witold—respondió el anciano con gravedad.—Vivimos, soñamos, formamos proyectos; pero nuestra vista, como nuestra acción, es excesivamente limitada. Todo está entre las manos de Dios; nuestros sentimientos, nuestra vida, nuestras esperanzas y aun hasta el momento que ha de seguir á éste.

El Sr. Sawinski bajó la voz concluyendo estas palabras, y los dos jóvenes quedaron silenciosos. En el pequeño salón no se oía más que el ruido del samovar, en la cual hervía el agua caliente, y el regular tic-tac del reloj, que se balanceaba en un rincón.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Datos sobre la ventilación.—El aire atmosférico es una mezcla de oxígeno, gas indispensable para respirar, y de nitrógeno, que por su naturaleza inofensiva neutraliza los enérgicos efectos del primero, para el objeto de aquella función; además existe en el aire de 4 á 6 diezmilésimas de ácido carbónico, gas cuya respiración nos sería mortal á no hallarse tan diluído: cuando esta proporción excede de 2 milésimas, los efectos del aire son altamente ofensivos á la economía animal.

Un hombre produce en una hora 60 gramos de vapor de agua y 20 litros de ácido carbónico (13 gramos de vapor bastan para saturar un metro cúbico de aire á la temperatura ordinaria).

La temperatura más conveniente para las habitaciones será de 15 á 20 grados, según el clima, la edad y estado de salud del individuo.

La cantidad de aire puro que debe suministrar un ventilador deberá ser por individuo y hora:

	Metros cúbicos.
En hospitales generales.....	70 á 100
— — de epidemias.....	150
— cárceles.....	50
— fábricas.....	60
— establecimientos insalubres.....	100
— cuarteles.....	40 á 50
— teatros y grandes reuniones.....	50
— escuelas.....	15 á 30
— — de adultos.....	35
— cuadras.....	60 á 100

En las habitaciones ordinarias basta de 15 á 20 metros cúbicos por persona y hora.

Las cantidades de aire necesarias para cada luz y por hora, serán:

	Metros cúbicos
Mechero de gas (gasto de 1 décimo de metro cúbico).....	26
Bujía de estearina.....	6
Vela de sebo.....	1,66
Lámparas de gran fuerza.....	24

La corriente del aire en la ventilación nunca debe exceder de una velocidad mayor de un metro por segundo, pues de lo contrario se haría demasiado sensible para las personas que hubieran de sufrirla.

Alcohol de piedra.—Según vemos en una acreditada revista extranjera, se ha pedido en Bélgica privilegio de invención por un procedimiento para fabricar alcohol, valiéndose del carbón de piedra.

El principio científico en que descansa este procedimiento, consiste en la transformación en alcohol del gas ó hidrocarburo contenido en el carbón mineral, tratándolo por un ácido (cuyo nombre se omite), en presencia de una mezcla de agua y glicerina, y operando á una fuerte presión.

1 Cafetera de cobre que sirve para hacer el té.

Asegúrase que este nuevo alcohol en nada se diferencia del que se extrae destilando el vino, y que resulta mucho más barato que cualquiera de los alcoholes conocidos con el nombre de industriales.

MISCELÁNEA

De una carta de San Juan de las Abadesas tomamos los siguientes párrafos:

«En San Juan de las Abadesas existe una augusta maravilla que se conserva al través de más de seis siglos, y es venerada con el nombre de El Santísimo Misterio. Consiste en una hostia consagrada, colocada á mediados del siglo XIII en una cavidad existente en la frente de una imagen representando un Crucifijo, hostia que dividida actualmente en seis partículas, se conserva incorrupta desde el siglo XIII.....»

«No se acude jamás á exponer las Sagradas Formas sino en caso de una necesidad extrema, siendo generalmente el Obispo de Vich quien va á San Juan á presidir la solemne é imponente ceremonia religiosa. No se tiene noticia de haberse verificado la exposición sin quedar atendidas las súplicas del pueblo fiel y sin que se haya logrado remedio para la necesidad que haya existido.

«Era el año 1854, en que la mayor parte de las provincias de España gemían bajo el azote del cólera asiático, y empezaba dicha enfermedad á causar numerosas víctimas en San Juan de las Abadesas y en su comarca, cuando el Ayuntamiento de la citada villa solicitó la exposición del Santísimo Misterio, acto que se acordó verificar el 27 de Septiembre. ¡Oh! si mi vida se prolonga hasta el día que expongan el Santísimo Misterio, yo quedaré libre, exclamaban los atacados todos desde su lecho de muerte, entre horribles convulsiones y en el exterior de la agonía. El día 27 de Septiembre, á las nueve de la mañana, la Sagrada Hostia fué expuesta á la vista y entre las lágrimas de una muchedumbre apiñada de fieles. Sucedió en aquel instante una cosa extraordinaria.

«La enfermedad, que desde la noche anterior parecía haber entrado en un período de recrudescencia, luchando muchas víctimas con la muerte, cesó en aquel mismo momento de la exposición; todos los atacados quedaron libres, y San Juan y su comarca no registró un caso más. ¡Milagro! exclamaron millares de personas, y todavía viven algunos centenares que recuerdan y testifican el prodigio obrado por Dios en aquellos días de angustia y prueba.»

La carta termina con este párrafo:

«Se dice que va á exponerse de un momento á otro el Santísimo Misterio, por haberlo solicitado el Ayuntamiento de San Juan de las Abadesas, pueblo infortunado que tiene la desgracia de albergar al huésped asiático. Le daré noticias de lo que ocurra.»

Otro periódico de esta Corte nos adelanta la noticia de haberse verificado la exposición, y dice lo siguiente:

«Según carta de San Juan de las Abadesas, que tenemos á la vista, por acuerdo del Excmo. señor Obispo de Vich, con su asistencia, la de numeroso clero y pueblo fiel, se ha hecho, con las formalidades de costumbre, la exposición de El Santísimo Misterio, levantándose acta notarial, celebrándose una solemnísimas función, en que dirigió su elocuente palabra á sus amados hijos el venerable Prelado de Vich y oficiando el Sr. Folcrá, canónigo.

«Después se ha hecho la solemne reserva de El Santísimo Misterio, dando la bendición á los asistentes, entre los cuales había una mujer que padecía de afonía desde mucho tiempo y en el acto ha hablado expeditamente. También desde aquel momento ha disminuído considerablemente el número de invasiones coléricas.»

El Sacro Colegio cuenta actualmente 62 Cardenales, de los que 28 han sido nombrados por Pío IX y 34 por León XIII. De estos 62 Cardenales hay 13 que pertenecen á las Ordenes religiosas, á saber: cinco benedictinos, un agustino, dos del Oratorio, uno de la Congregación de María, un jesuita, un capuchino y dos dominicos.

Procediendo según el orden de nacionalidad, hay 35 Cardenales italianos, cinco franceses, cuatro ingleses ó irlandeses, tres alemanes, dos húngaros, cuatro austriacos, cuatro españoles, dos portugueses, dos polacos y uno americano.

Cuarenta y dos Cardenales han fallecido bajo el Pontificado de León XIII. Los Cardenales muertos este año son los Emms. Mac-Cabe, Chighi, Schwarzenberg, Lasagni y Nina.

ARCHIPIÉLAGO CAROLINO

Las islas Carolinas, sin incluir en este archipiélago ni el grupo de las islas Palaos al O., ni los de Marshall y Gilbert al Este, constan de tres grupos: el del O. lo forman las islas Ngoli ó Matalotas, la Uap ó Yap, las Uluti ó Mackenzie, Feys ó Tromelfn, las Sorol ó Philip; el grupo central lo constituyen, entre otras, la Wolea ó Ulie, la Truk ó Hogolu, las Hall ó Morileu, las Lamotrek, las Mártires ó Tamatán, las Namonuito, las Mortlok; y el grupo del E. la Ponapi ó Bonebey, las Kusaie ó Ualán y otras pequeñas.

Las islas del primer grupo, ó sea de la parte occidental, son todas, excepto Yap, rasas y coralinas y de tan semejante formación y aspecto, que la descripción de una puede servir para las demás; consisten en cabezos de coral, cuyos intersticios se han llegado á rellenar de arena y tierra, aunque generalmente encierran entre muchas una profunda laguna circular, sembrada de manchones de coral, como sucede con las Mártires, Lamotrek, Ulie y las Matalotas; á veces una sola corona el banco de coral que la rodea, en forma de arrecife, como es el caso en Feys y Yap. Se diferencian tan poco en tamaño, que generalmente tienen de dos á cuatro millas de largo con milla y media de ancho; presentando hacia el E., resguardada por un arrecife, una como muralla de 2,5 metros de alto, compuesta de apiñados trozos de coral, apenas cubiertos de tierra ó arena, por donde cuesta trabajo andar, y entre los cuales echan raíces los mangles; desde dicha muralla va aumentando hacia el O. la capa de arena y tierra, que en las costas del O. concluye en una playa blanca aplacerada, límite de un ameno prado.

En la parte oriental de las islas existen varias especies de cactus ó tunas, y en especialidad corpulentos mangles, y en la occidental palmeras de coco, rimas ó árboles del pan, y cierta clase de plátano, que forman espesas umbrías, bajo las cuales, inmediatas á la orilla del mar y sobre pilotes, construyen los naturales sus viviendas.

En ciertas ocasiones, con temporales ó huracanes, suelen anegarse las islas más rasas; casos en que los habitantes tienen que refugiarse en los árboles, abandonando sus habitaciones y canoas al furor de las olas.

Producen taro, cocos, fruta del país y plátanos, que unido á la abundancia de pescado que hay en sus aguas, sin contar con los cochinos y las gallinas, que se encuentran en algunos puntos, proveen á la subsistencia de los habitantes; y no ofrecen más agua potable que la que se recoge en hoyos y cisternas durante la estación de las copiosas lluvias, casi diarias, en la estación de las mismas.

Los naturales de las Carolinas, de los cuales los hombres son de mediana estatura y fornidos, ofrecen tan gran diferencia de tipo en sus rostros, como de calidad en sus siempre espesas y negras cabelleras; pues en los primeros se encuentran desde el caucásico hasta el malayo y el negro; mientras que las segundas, recogidas en un moño en lo alto de la cabeza, son ya lanosas, ya rectas, ya ondeadas; visten con suma sencillez, pues el traje del sexo femenino consiste en una enaguilla de hojas de bambú que les llega desde la cintura á la rodilla; y el de los hombres, aparte de los anillos con que adornan sus orejas, brazos y narices, y de algu-

nas verdes guirnaldas, se reduce á un taparrabo. Construyen muy bien hechas y andadoras canoas, en algunas de las cuales, que llegan á ser de 40 remos, hacen sus travesías á las Marianas, guiándose por el sol y las estrellas, especialmente por la Polar y por Orión, con lo que, sin instrumento ninguno, siguen su derrota de un modo admirable; dichas canoas, cuyas tablas, frecuentemente adornadas de esculturas, están á veces ensambladas, y siempre ligadas con filástica de *bonote* ó estopa de coco, y calafateadas con la misma materia impregnada de resina y con arcilla, largan velas triangulares de estera de bonote, y se conservan al abrigo de la intemperie bajo unos tinglados construídos al efecto cerca de las habitaciones, en las cuales descansan sobre calzos.

rolino, las más importantes son: la de Wolea ó Ulie y Truk.

Los habitantes de Wolea, cuyo rey visitó á Guaján en 1807, y que fué allí muy bien recibido, hacen todos los años viajes de ida y vuelta á las islas Marianas; las pocas mercancías que reciben de los españoles de Guaján, las llevan hasta la isla de Truk ó Hogolu. Los habitantes de las islas de Ulie ó Wolea son unos 600, y la población del grupo de Truk parece que está comprendida entre 5 y 10.000 almas, dividida en varias tribus enemigas.

La isla Ulie dista 120 leguas de la de Guaján, 122 de la de Hogolu, y 120 de la de Yap.

Del grupo oriental la más interesante es la isla Ponapi, Ascensión ó Bonebey, de formación basáltica; esta isla con los islotes y arrecifes que la rodean, tiene una circunferencia de 70 á 80 millas, y sólo la de Ponapi unas 60 millas de bojeo.

Está cubierta de vegetación desde los más elevados picos hasta la mar, donde crecen extensos manglares; y tan espesa es su vegetación, que apenas podría un buque distinguir alguna de las cien casas que están diseminadas en toda su circunferencia, si el humo de las habitaciones y la vista de las canoas no indicasen que estaba habitada. Los naturales consideran esta isla como la más hermosa de las Carolinas. La isla Bonebey ó Ponapi dista 420 leguas de la de Yap, y 340 de Nueva Guinea.

ISLAS PALAOS.

Las islas Palaos constituyen un grupo formado de multitud de pequeñas y de seis grandes islas, que corren de N. á S. Las seis mayores son Babelzuap, Koror, Vruktafel, Malk, Eil y Pilulu. La de Babelzuap abraza más superficie que todas

las demás juntas, y evidentemente es de origen volcánico y de formación coralina en la parte baja; su población no excede de 3.000 almas; cuando los habitantes no se ocupan de la guerra, se dedican á la pesca, dejando á las mujeres el cultivo del taro, que con la gran abundancia de cocos, naranjas y plátanos de que disponen, forman una notable parte de su alimentación. Se surten de armas, pólvora, herramientas, aguardiente, etc., á trueque, casi exclusivamente de balate ó trepan, pues la concha de carey no es ya el principal artículo de exportación; y recogen con cuidado cerca de sus habitaciones la abundante agua de la lluvia, á causa de que sólo en Koror y en la costa occidental de Babelzuap se encuentran manantiales algo copiosos.

Las casas de Koror están construídas como en Yap, á uno y otro lado de una calzada ó camino enlosado, á la sombra de altas palmeras entre frescos bosquecillos y amenos prados, y generalmente rodeadas de una pequeña cerca, cuando no de huertos ó jardines.

La isla Babelzuap dista 162 leguas del archipiélago filipino; 220 de la Guaján, y 176 de la de Yap.



Doña Josefa María Sanjuán y Payá de Pastor Aicart, falleció el día 7 de Agosto de 1885 en Benajama. Su desconsolado esposo, hijas, padres y hermanos políticos, sobrinos y demás parientes, ruegan á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA que encomienden su alma á Dios Nuestro Señor.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo 5.

Longitud del meridiano de Madrid.



EL ARCHIPIÉLAGO CAROLINO (facsimile de un mapa antiguo).

La isla Uap ó Yap, que como se ha dicho, difiere esencialmente de las demás Carolinas, tanto por su tamaño como por la calidad de su suelo y por ser de las pocas de formación basáltica, aunque rodeada como las otras por un arrecife de coral, ocupa, si se cuenta con éste, una extensión de más de veinte millas en dirección Nordeste-Sudoeste, y unas cinco millas de anchura media. Presenta en su parte septentrional, en la cual hay varias ensenadas, una serie de eminencias cuyo punto culminante alcanza 350 metros de elevación; está cercada de espesos bosques de mangle, notabilísimos por su corpulencia, mientras que en su interior crecen multitud de otros árboles tropicales. Es baja en su mitad meridional, donde únicamente las palmeras de coco descuellan entre el resto de la ordinaria espesura; no tiene más agua potable que la que se recoge en cisternas y aparece poco cultivada á pesar de lo favorable de su suelo. Se halla gobernada por cinco caciques, de quien son tributarias las islas que se extienden hacia el E. hasta el grupo de Ulie; ha contenido una población más ingeniosa que la actual, como lo acreditan sus calzadas con aceras por en medio, sus primorosamente construídas y adornadas canoas y sus bien edificadas aldeas. En 1876 había allí tres casas de comercio, una alemana y dos inglesas; y actualmente existen dos alemanas, una irlandesa y otra americana; los principales artículos de exportación son *cobra* y *trepan* ó balate, en cambio de armas y herramientas.

Cuenta la isla de Yap unos 1.200 habitantes; dista 140 leguas de la isla de Guaján en las Marianas; 242 de la isla de Mindanao en Filipinas; 1.100 de las islas de Samoa, y 240 de la de Nueva Guinea.

Las islas del grupo central del archipiélago ca-